

# **CARTAS A LA INTELLECTUALIDAD, ESTUDIANTES, UNIVERSITARIOS Y A TODOS LOS PROFESIONALES DEL CONOCIMIENTO DE AMERICA LATINA**

Eduardo Devés-Valdés  
Instituto de Estudios Avanzados  
Universidad de Santiago de Chile  
[edeves@usach.cl](mailto:edeves@usach.cl)

**CARTA 1 Sobre el estancamiento o la decadencia de América Latina**

**CARTA 2 Sobre la baja producción de conocimiento en América Latina y su causa en los vicios de nuestra “cultura académica”**

**CARTA 3 Sobre algunas potencialidades también existentes en nuestra cultura académica  
La capacidad crítica debe transformarse en autocrítica**

**CARTA 4 Sobre la decadencia de América Latina y la incapacidad de pensar bien**

**CARTA 5 Sobre el estancamiento de América Latina y la necesaria equidad del poder mundial**

**CARTA 6 El Aleph del conocimiento, la dignificación de la carrera docente y el protagonismo de intelectuales y universitarios**

**CARTA 7 Sobre algunos argumentos para denunciar la universidad y la academia latinoamericana**

**CARTA 8 Sobre una agenda para el mundo intelectual, universitario y docente de Latinoamérica y la afirmación de una cultura de la calidad**

**CARTA 9 Sobre colaboración intelectual internacional y exportación de tecnología y cultura**

**CARTA 10 Sobre redes intelectuales y corredores de las ideas como formas de acción e interacción de la sociedad civil del conocimiento: hacia la creación de un espacio intelectual latinoamericano**

**CARTA 11 Sobre la “Internacional del Conocimiento”**

**CARTA 12 Sobre La (in) consecuencia ética y la falta de confianza**

**CARTA 13 Sobre una democracia para superar el estancamiento y la decadencia**

**CARTA 14 Sobre el pacto entre la intelectualidad y la sociedad**

**CARTA 15 Sobre la concertación de las universidades a nivel latinoamericano**

**CARTA 16 Sobre la baja producción de tecnología y la reforma de la cultura académica**

**CARTA 17 Sobre las justificaciones de nuestra inferioridad a partir de las “diferencias latinoamericanas”**

**CARTA 18 Sobre casos mas exitosos**

**CARTA 19 Sobre las maneras de aprovechar la “energía punto 0” del conocimiento**

**CARTA 20 Sobre otras tareas de la intelectualidad latinoamericana: la asociación con las causas progresistas**

**CARTA 21 Sobre la agenda del hacer las cosas bien: bien hechas y por el bien de todos.**

**Una apuesta para el siglo XXI y para evaluarnos dentro de cincuenta o cien años**

# **CARTA 1 Sobre el estancamiento o la decadencia de América Latina**

América Latina hizo un mal siglo XX. En 1900, América Latina tenía más importancia y mejor posición relativa que hoy en el mundo. Además se auto-asignaba un futuro luminoso. Hacia el 2000 se han ido sumando las derrotas y las frustraciones. El 2010 es un buen motivo para pensar y repensar, para revisar y hacer un auto examen. Decía Luís Emilio Recabarren en 1910 que Chile no tenía nada que celebrar. ¿Tiene o no América Latina algo que celebrar en 2010?

Si nos comparamos a América Sajona, a Asia u Oceanía veremos que nuestra posición se desmedró durante el siglo XX. En términos relativos también se desmedró respecto a Rusia o España. Europa que hizo una primera mitad muy mala, durante la segunda lo hizo notoriamente mejor. América Latina sólo mantuvo su posición en relación a África.

La incidencia de América Latina a nivel mundial en términos de significación en el comercio internacional, en términos de investigación científica, o en términos de poder moral o material, es verdaderamente ínfima. Me refiero a la pérdida de credibilidad por nuestra incapacidad para gestionarnos, a la bajísima presencia en Internet y en los medios globales de comunicación, a la también baja importancia en organismos internacionales, tanto como en términos armados o financieros. La región posee indicadores del orden del 2% de la importancia mundial, siendo nuestra población de aproximadamente un 8%.

Salvo algunas excepciones, América Latina terminó el siglo XX con gran frustración. Ha pensado mal y ha actuado peor. Empezó con expectativas quizás equivocadas o tontas, pero en todo caso notoriamente más ambiciosas de lo que al final resultó. El siglo en general fue malo y en relación a lo esperado, frustrante.

Saldos a favor: Progresos democráticos por todas partes, salvo en Cuba. El siglo se cerró con un buen sabor a democracia en la boca de los latinoamericanos y el siglo XXI se ha iniciado con un modestísimo repunte económico. A lo largo de cien años el racismo disminuyó, la tolerancia a las diferencias mejoró. También nuestra salud y esperanza de vida mejoraron, la desnutrición y la mortalidad bajaron durante la segunda mitad, no así la pobreza y la miseria. Según sus expectativas Argentina es el país que hizo el peor siglo XX, es por ello un caso

interesantísimo de estudio, muchos lo ven como la manera de farrear las oportunidades históricas. En la equidad de géneros, en la igualdad entre mujeres y varones, en la apertura de espacios para la presencia femenina ha habido también logros importantes, que no todas las sociedades del mundo pueden exhibir. Pero la paz internacional ha sido nuestro mayor éxito. Hubo pocas guerras internacionales y en términos comparativos murió poca gente. Hubo menos guerras que en siglo XIX y fueron menos mortíferas, incluso si descontamos las guerras de independencia. No tuvimos genocidios como los perpetrados por el nazismo alemán, el militarismo japonés o el etnicismo ruandés, salvo el de Guatemala en los 70s y 80s. Tuvimos, sin embargo, grandes masacres y muy recientemente las dictaduras más sanguinarias de nuestra historia. Hemos pensado con mayor sensatez la cuestión internacional que la interna. Esta constatación debe llevarnos a la reducción del gasto militar, en coordinación con los países vecinos, a través de tratados y medidas de confianza mutua. Tales recursos deben ser ganados para factores que potencien el desarrollo y la calidad de vida de la población, en el corto y largo plazo. Para ello, la mejora en los niveles de conocimiento (educación, investigación, ciencia y tecnología) es el factor clave, puesto que es “aléptico” (del “aleph” de Borges, aquel punto que permite ver todos los otros del universo), incidiendo sobre todos los demás. Una medida intermedia consiste en destinar una parte importante del gasto militar hacia la formación, perfeccionamiento y postgrados del personal y a la industria e investigación en aspectos asociados a lo militar, en vez de destinarlos a compra de armamentos.

Es verdad que son logros escasos pero debemos reconocerlos tanto como nuestros errores y deben contentarnos respecto de lo que éramos en 1900 o 1910 y también respecto de lo que hicieron otros pueblos en estos últimos cien años.

Los latinoamericanos no hemos sido capaces de resolver otros problemas y algunos los hemos acentuado. A fines del siglo XX, una de las cosas humillantes fue la manifestación de pestes como el cólera, el paludismo y otras, que aparecieron como la punta del iceberg. La miseria, la desigualdad, la falta de concertación y la carencia de relieve a nivel mundial son algunas de nuestras espinas. La aspiración integracionista, que ha sido una de las más hegemónicas en las ideas, ha alcanzado sólo modestísimos logros. Para decirlo breve: no hemos sido capaces de hacer bien las cosas, dejándonos tentar demasiadas veces por el facilismo, el cortoplacismo, el oportunismo, por querer pasarnos de astutos, por el mesianismo y por la declamación. Reforma intelectual y moral. ¿Que significa eso? Entre otras cosas, realizar un

profundo examen de conciencia, individual y colectivo en el seno de nuestras instituciones educacionales y de investigación.

Ahora bien, numerosos intelectuales se han abocado desde siempre a buscar las causas de nuestros problemas. Los han atribuido a motivos muy diversos que van desde el militarismo al imperialismo, desde la incapacidad para ser modernos hasta la inferioridad de la raza, desde la geografía hasta las inclemencias de la naturaleza, como ciclones y terremotos. Pocos han asumido su parte de responsabilidad en la decadencia continental.

Si América Latina ha funcionado mal, se debe en buena medida a que su intelectualidad no ha sido capaz ni de pensar mejor ni de convencer a la población de la calidad de sus propuestas. Muchos intelectuales atribuyen los problemas a los “bárbaros”, antiguos o actuales, pero no asumen su incapacidad para “civilizarlos”.

En el pasado algunos intelectuales pensaron que había que vencer al militarismo en el terreno militar, destruir bárbaramente su barbarie. La gran mayoría fue barrida de la historia, otros se tentaron con el modelo haciéndose más militaristas que sus propios enemigos.

Mi preocupación es que la intelectualidad asuma su responsabilidad en la decadencia de América Latina y que no renuncie a su quehacer sino que se decida por una tarea intelectual de mejor calidad. Por ello, el tenor de estas cartas no es prioritariamente ni técnico ni jurídico sino que se dirige a los fundamentos culturales y existenciales de los profesionales del conocimiento, sin pretender, por otra parte, ahondar en algo así como una ontología del ser americano ni nada que se le parezca. Pienso que, en muchas oportunidades, las intelectualidades periféricas se han desenfocado en sus objetivos: sus disputas han sido en torno a si la cuestión es ser-como-el-centro o bien ser-nosotros-mismos, olvidándose que se trata, sobre todo, de ser mejores que peores.

Es patético comprobar la existencia de un intelectual capaz de solidarizar con todos los movimientos de liberación y de justicia del mundo, pero incapaz de hacer sus tres o cuatro horas de aula por semana. El tipo de cultura de la academia es una de las causas matrices de esta situación y, por cierto, traspasa ámbitos como el económico, político, militar, deportivo, eclesiástico, etc. ¿Deberé recordar que muchos de estos problemas no son exclusivos de América Latina y el Caribe?

Me parece que pocas personas han tenido oportunidad de conocer tanto el mundo intelectual Latinoamericano y del Caribe. Creo que haber estado, durante los últimos 15 o 20

años, dando clases, conferencias o participando de congresos o encuentros académicos o haciendo investigación, en Argentina unas 30 veces, en 15 o mas universidades e instituciones académicas, sumando varios meses; en Brasil unas 15 veces en mas de 10 instituciones sumando también varios meses de permanencia; en México, Paraguay y Bolivia unas 3 o 4 veces en diversas ciudades e instituciones; en Nicaragua varias semanas dando clases; varias veces en Costa Rica, Venezuela, Uruguay, Perú, y alguna vez en Trinidad-Tobago, Cuba, Honduras, Guatemala, Colombia, Ecuador, República Dominicana y, mas recientemente, en Puerto Rico también durante muchos meses. Creo que ello me permite hablar con algún conocimiento de causa. Por cierto, he tenido oportunidad de estar con latinoamericanos y latinoamericanistas en numerosos lugares del mundo conociendo sus visiones y perspectivas: Senegal, Israel, Grecia, España, Francia, Bélgica, Alemania, Rusia, Holanda, Portugal, Canadá y Estados Unidos. Esperemos que eso algo me haya instruido y aportado puntos de vista. Además haber escrito una obra relativamente amplia sobre el pensamiento latinoamericano en el siglo XX, a la vez que numerosos trabajos menores sobre las conexiones y paralelos entre el pensamiento latinoamericano con el pensamiento africano, asiático y europeo, debe haberme permitido construir una base de conocimiento sobre nuestra historia intelectual y cultural. Todo esto, sin duda, no garantiza que mis observaciones sean verdaderas. Apenas tengo mejores condiciones que otras personas para hablar de la región como conjunto y sin duda mi visión se refiere particularmente al espacio de las ciencias sociales y las humanidades, el mundo de ensayistas y escritores y, con menor conocimiento, a otras disciplinas y especialidades. Voy a aludir a numerosos casos en que me ha tocado participar o presenciar aquí o allá, aunque no mencionaré situaciones particulares para no comprometer a personas o instituciones.

Estas *Cartas* señalan numerosas debilidades de la academia y la cultura latinoamericanas pero, sobre todo, quieren ser propositivas, tanto en cuestiones generales como específicas. Más que un diagnóstico, pretenden ser proyecto e incluso programa; dicho de otra manera, apuntan a equilibrar la dimensión constructiva con la crítica. Debo advertir que en tanto *Cartas a la intelectualidad*, se insiste particularmente en nuestras deficiencias tanto como en nuestras posibilidades y tarea. Escribo desde y para nuestro gremio y para que éste se comprometa con los pueblos. Obviamente no podría referirme de la misma manera a otros grupos, aunque espero nadie piense que debe recordarme que existen otros sectores sociales que también padecen debilidades y poseen fortalezas en América Latina o en otras partes del mundo. Deseo que estas

*Cartas*, aunque contengan errores o apreciaciones incorrectas, contribuyan a hacer pensar e interesen a quienes están empeñados en mejorar las condiciones de nuestra región. Mal que mal, una de las fortalezas de nuestra intelectualidad es no haber renunciado a imaginar mundos mejores.

## **CARTA 2 Sobre la baja producción de conocimiento en América Latina y su causa en los vicios de nuestra “cultura académica”**

Los latinoamericanos hemos trabajado durante las últimas décadas sobre el tema de la cultura política, intentando comprender algunos de los vicios que nos aquejan: caudillismos, dictaduras y corrupción. No hemos trabajado, en cambio, suficientemente sobre nuestra “cultura académica”, tan marcada por vicios como el “facilismo”, el “amiguismo” y la falta de transparencia, entre otros. Quiero poner énfasis en este concepto “cultura académica” o “cultura de la academia latinoamericana” para repensar la historia intelectual.

La razón que con más frecuencia se ha aducido para explicar la baja producción de conocimiento en América Latina ha sido la poca inversión, argumentándose que es muy baja en relación a otras regiones; correlativamente se argumenta sobre la inexistencia de una infraestructura tecnológica o comunicacional suficiente; se agregan en ocasiones también dificultades jurídico-políticas, como carencia de una institucionalidad y de una política científica. Me parecen razones muy cuerdas, pero creo que pasan por el lado la cuestión principal y que en buena medida las explica: la cultura académica y universitaria, que es la principal causa de la baja producción, como de la existencia de otras causas subordinadas.

Por cierto, numerosas conductas que cruzan el medio intelectual, atraviesan igualmente al medio político, económico o militar, entre otros. El facilismo, el cortoplacismo, la falta de transparencia y el amiguismo, la astucia del aparentar o la cultura de utilería y el caritativismo van en desmedro de la actividad intelectual como de las otras, lo que conlleva que se suponga que una inversión a largo plazo en ciencia y tecnología sería dinero perdido. Los agentes económicos, políticos o militares no creen en una academia que no ha sabido ganarse su respeto, como tampoco, por lo demás, creen en si mismos. Existe sin duda un problema de confianza y de auto confianza, cuestiones que no se trata de crear artificialmente, sólo con campañas publicitarias. La academia latinoamericana no tiene suficientes resultados que exhibir para convencer al resto de la población. Para amplios sectores, la universidad está asociada con huelgas y disturbios y no con premios Nóbel ni con tecnologías para el bienestar de la población.

El facilismo y el amiguismo conspiran contra la calidad, el aristocratismo contra la producción tecnológica y el purismo contra los acuerdos universidad-empresa.

Existe un sentimiento, una convicción, no se bien como llamarle, respecto a que nuestros estudiantes son cada vez peores: no leen, no captan lo poco que leen, no saben escribir... Por cierto esto viene a reafirmar el bajo nivel de nuestro medio así como la crítica permanente que se deja oír respecto de las teorías pedagógicas, donde la vocinglerilla no puede ocultar que todas las mejores intenciones son enemigas de la buena educación. Pero ya sabemos que los viejos siempre creen que su tiempo fue mejor y aquí no hay excepción; dicen: “en nuestra época los jóvenes salían mejor formados del liceo”. Hay que ser críticos de este tipo de afirmaciones. Así y todo igual existe esa convicción y muchas personas creen tener buenas razones para sostenerla. Ser críticos no quiere decir desecharla, sino examinarla.

Me detendré en uno de estos vicios para mostrar que, mientras no se ataquen, la sola inversión no generará aumentos importantes en producción de conocimiento de alto nivel. ¿Que es el “facilismo”?

El facilismo consiste en satisfacer las exigencias de todos los objetivos pero recortándoles siempre alguna partecita: hacer clases más breves de lo que se estipula, leer menos páginas de lo necesario, hacer los trabajos sin cumplir con todas las condiciones y pidiendo además segundas y terceras oportunidades, argumentar siempre razones externas para justificar fallas y rebajar los niveles de evaluación. El facilismo es la base del “pacto de la mediocridad” que se establece entre los profesores y con los estudiantes. Por ejemplo, dado que los estudiantes siempre tienen problemas económicos, siempre tienen poco tiempo, siempre viven muy lejos de la universidad, siempre tienen otros cursos, siempre traen algún problema entonces hay que permitir que, en vez de mostrar sus conocimientos en las clases y en los exámenes, entreguen opiniones y, en consecuencia aprobarles aunque sepan poco y nada. Además, en muchas universidades comerciales debe aprobarse a los alumnos, pues de no ser así se corre el riesgo que se retiren y vayan a otra donde les venderán un título a cambio de menos exigencias todavía.

Esta es una de las causas que explican que en las evaluaciones internacionales, la educación de los países latinoamericanos figure en tan bajos niveles y que tanto preocupa a intelectuales, funcionarios, gobernantes y representantes de organismos internacionales. Las insistencias en el mejoramiento de la educación, y particularmente de la educación superior, son reiteradas. Las expresiones de Claudio Rama, desde la UNESCO, representan el sentir de muchas personas.

El pacto de la mediocridad entre profesores y estudiantes se entiende pues muchas veces los profesores preferimos regalar las notas para ser populares a la vez que para no ser descubiertos como malos pedagogos (esta es la astucia del aparecer); se entiende pues para muchos profesores es más importante difundir valores religiosos o ideológicos que formar buenos profesionales; se entiende pues muchas veces practicamos la generosidad (el caritativismo) que consiste en regalar las calificaciones en vez de regalar nuestro tiempo enseñando más y mejor; se entiende pues muchas veces los concursos están fabricados para los amigos (el amiguismo), los leales o los siervos y no para detectar a quienes poseen mayor capacitación profesional. Por cierto, el pacto de la mediocridad se corona con la regla de oro: un colega nunca debe ser mal evaluado.

El facilismo y todos sus corolarios explican que teorías pedagógicas innovadoras como las del diálogo sean interpretadas como conversar con los estudiantes y no exponerles las materias; que las teorías de la auto evaluación sean interpretadas como que los estudiantes deben poner sus propias notas sin mostrar lo que han aprendido y que aquellas teorías de la concientización sean interpretadas como que al estudiante hay que hablarle del mundo en que vive en vez de hacerle conocer lo que se ha acumulado a través de los siglos. La interpretación facilista de todas las teorías pedagógicas hace que los niveles de comprensión de lectura sean bajísimos en la región tan deficientes como la formación básica en matemáticas, según exámenes internacionales realizados en decenas de países de diversos continentes; ello hace también que una persona que ha cursado la universidad en Chile maneje menos información escrita que una persona que ha cursado la educación secundaria en Nueva Zelanda, Portugal, Irlanda o la República Checa. Ello explica igualmente la mínima cantidad de población altamente competente en manejo de información en Chile: menos de la mitad del porcentaje de Portugal, la octava parte que Irlanda y un catorceavo de Finlandia (Véase J.J. Brunner, *Chile: Informe e índice sobre capacidad tecnológica*, Universidad Adolfo Ibáñez, Santiago, 2001).

Todo lo dicho anteriormente se entiende mejor cuando se constata que en la cultura académica latinoamericana, frecuentemente, la ética se ha ubicado fuera del quehacer académico e incluso en ocasiones, contra éste. Ha existido la propensión a pensar que la actividad universitaria es o un lujo o un ocio y que la tarea verdadera es atender otras realidades, allí donde se juegan las urgencias de la existencia. Algo como esto es seguramente lo que Ricardo Melgar-Bao ha querido decir cuando afirma que la identidad profesoral, del investigador y del

estudiante, se divorció de la ética del saber y del ser. Ha sido frecuente el llamado a poner a la universidad al servicio de valores sociales o religiosos. La ética del quehacer intelectual con calidad y honestidad no ha sido frecuente. La ética del trabajo bien hecho debe estar en la cultura latinoamericana tan devaluada como la honestidad respecto de los dineros públicos. El facilismo intelectual, que es hermano de la “chapucería” en lo económico, del “aventurerismo” en lo político, de la renuncia al profesionalismo en lo militar y del “sensiblerismo milagrero” en lo religioso, ha marcado la cultura latinoamericana.

Podría preguntarse si la intelectualidad y la cultura latinoamericanas han fallado en cada uno de estos puntos. En cierto grado sí, como todos los seres humanos respecto a los ideales que se han propuesto. Pero no se trata de una discusión metafísica o existencial, sino de la simple constatación que es necesario mejorar en cada uno de los aspectos y que debe golpearse cada uno de los infinitos puntos del círculo vicioso para quebrarlos y así hacerlo virtuoso. Los señalados son los que parecen claves y deben tenerse particularmente en cuenta en esta reforma.

Estas ideas podrían expresarse de manera mucho mas sofisticada, yéndonos por el camino del no-ser-siempre-todavía. He querido emplear el lenguaje natural y los valores básicos de nuestra cultura, para ubicar el problema en un terreno común y no gastarse en discusiones conceptuales o de método que, en este caso, no proceden. El tono que me inspira, guardando las distancias del talento, es el de prosa de Gabriela Mistral.

### **CARTA 3 Sobre algunas potencialidades también existentes en nuestra cultura académica: La capacidad crítica debe transformarse en autocrítica**

Es decisivo analizar y criticar la cultura de la academia latinoamericana para transformarla, pero a la vez debe entenderse que dicha reforma debe afirmarse en la capitalización de numerosos elementos que se encuentran en esta misma cultura. Existen en la cultura académica de nuestra región, trazos opuestos al facilismo y a la mediocridad, en tensión con éstos, y que deben potenciarse simultáneamente con la adopción de medidas técnicas, jurídicas y con los aumentos de presupuesto para ciencia y tecnología.

Lo primero que debe realizarse es el gran y creciente interés, en las últimas, décadas por acceder a la formación universitaria y a la formación continua, no sólo en personas jóvenes sino también algo mayores. No pienso que se trate únicamente de un desinteresado amor al saber. Por cierto, la educación y la cultura se reconocen asociadas al aumento de los ingresos y al prestigio social. Pero allí mismo es donde reside lo importante: capital económico y social se conciben ya no ligados la cantidad de cabezas de ganado flaco, al tipo étnico o a los apellidos de la familia sino al conocimiento y a la universidad, es decir a algo que tiene que ver con la calidad.

Lo segundo es el progresivo proceso de evaluación y acreditación a que están siendo sometidos académicos e instituciones. Ello favorece la transparencia y exige el mejoramiento sistemático de la calidad.

Lo tercero es la creación y el crecimiento de redes de intelectuales, sociedades científicas y consorcios universitarios, que trascienden el provincianismo del estado-nación para constituirse regional o globalmente. América Latina, luego que ha salido del túnel de las dictaduras, hace un par de décadas, ha dado pasos importantes en esta dirección.

Es decir, calidad, transparencia, encuentro y organización de intelectuales son elementos que favorecen la reproducción virtuosa de un círculo al que debe darse energía para que se haga

espiral. Quizás esto explique en parte el hecho que las publicaciones indexadas crecieron últimamente a un ritmo mayor que la economía, aunque todavía bajísimo.

Quiero transmitirles algo que ha ocurrido en Chile desde mediados de los 1980s. Como en tantos otros lugares, se ha disparado el interés por la educación universitaria y superior, ahora deseada por todas las capas de la población y entendida en buena parte como una inversión. En Chile la educación universitaria es muy cara en relación al nivel de vida, lo que significa sacrificar tiempo para estudiar y tiempo para ganarse el dinero para estudiar. Por cierto, ello otorga a esta educación un prestigio muy alto. Pero lo que me interesa señalar es que éste es un proceso articulado con otros: que en las dos últimas décadas la mitad de la población que era pobre o miserable ha dejado de serlo, que cada vez se valoriza y se respeta más la democracia, que crece la capacidad exportadora del país, que la salud de la población continúa mejorando, lo que ha hecho llegar nuestra expectativa de vida casi a los 80 años, y que la producción científica ha crecido, siendo el país con mayor cantidad de publicaciones indexadas per capita de América Latina. Debe recordarse, sin embargo, que lamentablemente la producción tecnológica es bajísima, las patentes obtenidas son casi inexistentes y ha sido imposible crecer sostenidamente en la exportación de bienes con valor tecnológico agregado, estando por debajo en los porcentajes de Argentina, Brasil y México.

Esto que les cuento de Chile pretende recordarles lo obvio: así como los países, las instituciones y las personas pierden el respeto por si mismas, se abaratan y decaen, olvidando la importancia de la calidad y la honestidad, así también existen modificaciones en trazos culturales que son positivos, que van repercutiendo de unos niveles a otros. El respeto por la calidad y la honestidad se expresa en todas las dimensiones de la vida: en lo que comemos y en lo que damos de comer a nuestros hijos, en lo que consumimos como información y educación y en aquello que queremos para nuestros hijos, en el nivel que esperamos de los servicios de salud y en la política, en los productos electrónicos que compramos, en el servicio burocrático que demandamos y en el sistema de justicia que esperamos de nuestros países.

\* \* \*

Por otra parte, existe algo más amplio: la capacidad crítica de la intelectualidad latinoamericana. Nuestra larga educación en un pensamiento crítico debe ser superada y realizada dialécticamente hacia la formulación de una autocrítica que nos permita, consecuentemente, superarnos dialécticamente como sociedades y culturas. Para los periféricos,

sin embargo, esto no deja de ser problemático. Puesto que el centro frecuentemente nos ha descalificado como seres infrahumanos, como homúnculos incapaces, salvajes a medio camino, etc., muchas personas en la periferia quieren inflarse artificialmente para no darle la razón al discurso central. Pero les ocurre como a la rana de la fabula. Temen la autocrítica, pues sería darle argumentos al neocolonialista. Creo que es fundamental sacarse ese peso de encima y dejar de mirarse o de pensarse con los ojos o el paradigma del centro. No hay nada que de más la razón a quien nos descalifica como culturas que hacer las cosas mal y sin vergüenza.

Debe potenciarse nuestra capacidad crítica transformándola en capacidad autocrítica. En ningún caso afirmar que esta pobreza es buena porque es nuestra, que la miseria es parte de nuestra identidad, que la corrupción es la manera como se redistribuye la riqueza en América Latina o que nuestros males son nuestros y que por ello son aceptables o deseables. Crítica, autocrítica y sentido común. Me preguntan por el sentido común y no se lo que es, pero con una breve narración, parecida a la de la rana, les diré lo que no es. La fábula de la “intelectuala subordinada” muestra el ejemplo máximo de la falta de sentido común. Quizás es más fácil mostrar lo que no es el sentido común. La “intelectuala subordinada” es aquella que abandonó su trabajo para no sufrir explotaciones ni humillaciones, que renunció a los hombres para no ser oprimida por éstos, aquella que se encerró para no tener que contemplar por la calle la basura masculina, aquella que taponeó sus oídos para no tener que escuchar el ruido del mundo, aquella que dejó de comer para evitar que llegaran a su estomago productos artificiales o transgénicos, aquella que finalmente decidió no respirar asfixiándose, en un acto del más estúpido heroísmo, para no tener que inhalar un aire contaminado, que con los años terminaría por envenenar sus pulmones.

Es importante preguntarse, ojalá con sentido común, como podemos darle mas valor agregado a estas capacidades existentes en nuestra cultura académica y cultura en general para mejorar a Latinoamérica. Nuestra intelectualidad cuenta con un acervo de fortalezas, especialmente si la comparamos con otros agentes sociales. Deben destacarse: la capacidad de autocrítica, la de circulación, la de dialogo, la de concertación con algunos otros agentes y particularmente la capacidad de imaginar mundos mejores; el manejo de idiomas y lenguajes variados, el de la información y de las miradas de conjunto; una aspiración, es cierto a veces traicionada, hacia la calidad y un menor compromiso, que otros sectores sociales, con la

deshonestidad y los atentados contra los derechos humanos. Estos elementos, entre muchos otros, deben ser considerados y potenciados.

## **CARTA 4 Sobre la decadencia de América Latina y la incapacidad de pensar bien**

Si América Latina ha decaído, comparándola con su ubicación a nivel mundial en 1900, podemos preguntarnos cuanto de esto se debe a que América Latina ha pensado mal. Podemos preguntarnos luego, qué responsabilidad cabe en ello a quienes nos hemos atribuido la profesión de pensar y de transmitir pensamientos; es decir, al medio de los intelectuales-docentes.

Si decaemos es porque pensamos mal o al menos pensamos peor que otros que no decaen. ¿En qué sentido hemos pensado mal? Quienes estudian las ideas en América Latina deben ser capaces de decir una palabra respecto al cómo, porqué, cuando se ha pensado mal en el continente.

Voy a aventurar una hipótesis, que no debe ser tomada cómo única, y luego voy a ilustrarla con algunos ejemplos. La intelectualidad latinoamericana frecuentemente no se toma en serio ni se respeta a si misma, construyendo su discurso cómo palabrería, en un medio con escasa densidad cultural. La falta de densidad facilita un discurso que responde a las modas, al buen tono, al ser simpático, a la necesidad de legitimarse ante el primer mundo, evadiendo la radicalidad del pensamiento. Estas son algunas formas del facilismo y de la deshonestidad intelectual.

Ello me parece particularmente nítido en uno de los discursos más recurrentes y consensuales, el de la integración. ¿Por qué se avanza tan poco en un asunto en el que aparentemente hay tanto acuerdo, casi desde Bolívar para acá? En primer lugar, porque cuando se habla de esto es para satisfacer las apariencias del buen tono. No se habla para generar verdaderamente integración, no es esa la racionalidad del discurso, sino contentar al auditorio y ser simpático al otro. La alta legitimidad que tiene el tema de la integración otorga prestigio a quien lo utiliza, por lo que en demasiadas ocasiones no se aborda el tema para pensar el problema o proponer soluciones, sino únicamente para obtener legitimidad. Aceptemos, por el momento, que se habla de integración muchas veces por decir algo agradable más que por un auténtico deseo de practicarla o realizarla. Sin embargo, el mismo hecho que se le considere como un discurso legitimador es porque posee legitimidad, es decir, porque muchas personas la consideran positiva. Además, en un discurso algo light, integración es un concepto cercano a

amistad, buena convivencia internacional, armonía y paz perpetua. No es por casualidad que, en general, los “integracionistas” pertenezcan a la tradición idealista en relaciones internacionales.

Pero la legitimidad del integracionismo viene igualmente del hecho que importantes pensadores latinoamericanos lo han proclamado. Personas como Simón Bolívar, Francisco Bilbao, José Enrique Rodó, Manuel Ugarte, Víctor Raúl Haya de la Torre, Gabriela Mistral, Raúl Prebisch, Felipe Herrera, Darcy Ribeiro, Leopoldo Zea y tantos otros han proclamado la necesidad de la integración latinoamericana.

Es cierto que hubo quienes acentuaron más bien dimensiones políticas, otras personas acentuaron dimensiones económicas y culturales. Hubo quienes propiciaron una integración defensiva, como una especie de sindicato de los países pobres para defenderse de los ricos, otros con la idea de un nacionalismo continental, propusieron crear la gran nación iberoamericana. Sin embargo, a pesar de las diferencias, normalmente se concibió la integración teniendo como principal o único agente al Estado. Incluso en la actualidad cuando se trabaja el tema de la ciencia y la tecnología, las más de las veces, quienes piensan el tema, formulan recomendaciones, sugerencias o peticiones al Estado, más que a los sectores empresariales que podrían financiarla o a los agentes educacionales o propiamente científico-tecnológicos. El pensamiento latinoamericano sobre integración ha sido eminentemente estatista. De hecho la intelectualidad, en el paradigma predominante, ha quedado con las manos atadas, acaso decidió contentarse con roles de asesoría. Al no poder asumir un papel más activo, la intelectualidad ha sublimado su frustración con una fraseología que no hace sino acallar su impotencia.

El segundo ejemplo es todavía más revelador. Existe en algunos círculos una costumbre por exaltar el sacrificio del Che Guevara. Curiosamente quienes lo exaltan no piensan seguir el camino del Che, ni en lo específico de irse a la guerrilla de la selva, ni en lo general de morir por cualquier causa. Podría pensarse que se trata entonces de motivar a los estudiantes para que ellos sigan el ejemplo del Che. Si así fuera esos profesores se quedarían sin estudiantes y perderían su trabajo, por lo que tampoco puede ser una explicación. La hipótesis conduce a explicar este hecho por el deseo de ser simpático y amigable, parecer juvenil, asociándose a una figura legitimada entre los universitarios.

Se trata en un caso de hablar de la integración y en el otro del Che para ser de buen tono y amable al auditorio, pareciendo a la vez generoso y contestatario, pero en ningún caso intentando entender ni modificar la realidad. Es algo parecido al intelectual que cita

simultáneamente a Foucault, Habermas y Hannah Arendt, aunque sean tres personas que piensan distinto. Eso no es importante. A él no le interesa principalmente lo que piensan, lo que le interesa es ganar patente de leído y de estar al día, ante un público de incautos que no siempre sabe que esos autores escribieron algunas cosas hace ya muchísimo tiempo y que quien los cita en modo alguna muestra estar al día y siquiera a la moda. La falta de densidad facilita un intelectual astuto más que inteligente. El astuto gana simpatías pero no genera densidad cultural.

¿Qué es entonces “pensar bien”? Me animo a sugerir los siguientes criterios: Pensar con lógica y método; pensar con honestidad intelectual, en el sentido de escuchar auténticamente las ideas, propuestas y argumentos e otras personas y en el sentido de trabajar sobre la base de datos y pruebas, es decir, manejar suficiente cantidad de información para elaborar teorías o realizar recomendaciones; pensar con inventiva y creatividad evitando los caminos trillados de las repeticiones y las modas; pensar con radicalidad y profundidad evitando las frases con sentidos diversos que se usan para hablar sin decir nada; pensar con sentido común, que es algo tan decisivo como difícil de comunicar y eso en tanto se posea (cosa muchos creemos y pocos gozan) y que parece ser algo así como la capacidad de entender las cosas a la luz del contexto y la experiencia, lo que permitiría determinar su sentido, posibilidad y proyecciones.

Por cierto, los asuntos del conocimiento, de la ciencia y la tecnología en el mundo globalizado se abordan muchas veces con un voluntarismo opuesto al sentido común. Distintas personas han formulado la pregunta, en nuestra región, sobre la globalización que queremos. Pero no se trata de saber qué globalización “queremos” ¡como si pudiéramos elegirla! En cualquiera que sea debemos adaptarnos lo mejor posible y alcanzar allí el nivel necesario para no ser desechados. A países que representan el 1 por mil o menos del poder mundial, como los nuestros, nadie va a preguntarles que globalización quieren. Y no es menos torpe imaginar que vamos a ponernos de acuerdo en una respuesta única ni mucho menos, dada nuestra trayectoria, y menos todavía que la respuesta que demos sea la acertada, la correcta, la pertinente o la adecuada. Debemos alcanzar los niveles necesarios de calidad. No hay otra opción. No está en nuestras manos generar una globalización que nos “convenga” o que sea benévola con nuestras debilidades. Mucho más pertinente, en cambio, es la pregunta por los elementos de nuestra cultura que podríamos potenciar o inhibir para insertarnos mejor, o como aprender los modos de navegar en este río que nos lleva como cáscaras de nueces. La pregunta por la globalización que queremos, en nuestros pequeños países, es análoga a la que se formularon aquellas personas que

viajaban por el Amazonas. Se cuenta que iban en una embarcación desde Belén a Manaus y el tiempo corría junto con el río, en sentido inverso a los intereses de los viajeros. Algo angustiados por su poco avance y convencidos que no llegarían en buena hora al festival al que debían asistir, se preguntaron por lo que podría hacerse. Unos sugirieron cambiar de medio de locomoción, otros hacer una vaca y comprarle un nuevo motor a la embarcación, otros todavía colaborar remando. Uno formuló las cosas así: ¿Cómo debería ser el Amazonas, para que llegáramos a tiempo al destino? Luego reformuló, más sintéticamente, su pregunta: ¿Qué Amazonas queremos? Una discusión, una votación y la mayoría concluyó que el Amazonas que quería era uno que corriera en dirección inversa, desde el Atlántico hacia los Andes y llevara raudo a su ahora tan lento vaporetto. Lo echaron a la orilla, tomaron unas herramientas y comenzaron, a unos cien metros de la ribera, a cavar un canal que debería tener unos tres mil kilómetros, con leve pendiente inversa, y que serviría, luego de ser llenado, para navegar a favor de la corriente hasta el destino tan deseado.

Esa pregunta sobre la globalización que deseáramos suena tan absurda como la propuesta de ese amigo que pretendía que América se detuviera hasta estar completamente de acuerdo en lo que es la “americología” o la “americanidad”, para que luego ya consensuados, volviéramos a ponernos a caminar, ahora de la manera y hacia el rumbo correctos. Para pensar el tema de la globalización es imprescindible asumir cuanto pesa nuestra región y nuestros países en el poder mundial: Brasil pesa alrededor del 1%, Chile alrededor del 1 por mil y Honduras alrededor del 1 por diez mil. Toda América Latina quizás pese entre el 2 y el 3% del poder mundial. Pensar la globalización es algo similar a pensar el tema del colonialismo y del imperialismo que tanto mal nos han hecho. Para pensarlos adecuadamente hay que hacerlo, entre otras formas, en términos comparativos. Por ejemplo, preguntarse por qué la expansión europea y el colonialismo entraron tan fácilmente y tan fácilmente trastornaron a África y por qué no pudieron entrar en Japón; preguntarse por qué los esclavos que alimentaron la economía mundial no fueron japoneses o no fueron turcos o no fueron escandinavos. Hubo pueblos que se defendieron mejor y otros peor; hubo pueblos que se defendieron cohesionadamente y otros que no; hubo grupos armados que defendieron a sus pueblos y hubo otros que se dedicaron a capturarlos para venderlos como esclavos.

## **CARTA 5 Sobre el estancamiento de América Latina y la necesaria equidad del poder mundial**

Mucho se habla en la actualidad de la “sociedad del conocimiento”, es decir de un tipo de sociedad que se alimenta del conocimiento y cuyo motor es el propio conocimiento. Pero el conocimiento producido en América Latina es marginal.

Es sabido que América Latina genera apenas alrededor del 3% de la producción científica mundial aparente, de acuerdo al criterio de las publicaciones indexadas. Brasil produce algo menos del 50% de la región, Argentina alrededor del 15% y Chile produce poco menos del 10%. Estados Unidos, por su parte, genera algo más del 35% de la producción científica mundial, unas 12 veces lo que produce América Latina, más de 25 veces lo que produce Brasil y unas 150 veces lo que produce Chile

Las inversiones en ciencia y tecnología, en investigación y en educación superior en la región también son muy bajas en relación a los países y las regiones más pujantes. Son bajas en porcentajes: nosotros gastamos aproximadamente el 0.5% del ingreso en tanto que aquellas gastan entre el 1.5 y el 2%, y minúsculas en términos relativos, pues esas otras regiones poseen ingresos muy superiores a los nuestros (quien quiera conocer con detalle estos indicadores de producción y de gastos y los criterios con que se obtienen vea [www.ricyt.edu.ar](http://www.ricyt.edu.ar)).

¿Que significa estancamiento? Significa crecer poco o nada económicamente o crecer menos que los otros; significa aumentar la pobreza, la miseria la desnutrición o no salir de éstas rápidamente; significa no mejorar los indicadores de alimentación, salud educación y producción en ciencia y tecnología o hacerlo más lentamente que otros; significa aportar a la cultura, a la ciencia y al conocimiento del mundo menos que otros y mucho menos que el 8% que deberíamos, en relación a la población que somos; significa estar estancados en los indicadores de poder: continuar teniendo menos peso en el poder mundial que nuestro porcentaje de población.

De hecho, si medimos el poder mundial en términos de presencia en el comercio, en la industria, en la producción de mensajes, en capacidad bélica y, sobre todo, en producción de ciencia y tecnología no alcanzamos siquiera el 4%. Es decir, poseemos menos de la mitad de poder que de población.

Por cierto, no estoy imaginando a América Latina y/o al Caribe en busca de ningún tipo de hegemonía mundial. Sólo se plantea que nuestros indicadores de poder, es decir todos aquellos que nos deberían permitir niveles de bienestar y seguridad-libertad razonables deben repartirse a nivel mundial equitativamente, de acuerdo a las cantidades de población.

Mi propuesta es que nuestra región, para mediados del siglo XXI, debe alcanzar ese nivel: equiparar el porcentaje de poder con el porcentaje de población. E insisto en que este planteamiento lo hago desde la equidad que nos debemos a nosotros mismos: el porcentaje de poder que nos debemos en el reparto global, y ello debe ir acompañado de una militancia con el progresivo desarme de la región y del mundo. La inversión en militarismo tiene en nuestros países una repercusión positiva bajísima en el resto de los indicadores de poder y una repercusión negativa alta, pues impide invertir esos recursos en educación, ciencia, salud y otros rubros más humanistas y reproductivos. No conozco si existe un ranking para medir en que países las fuerzas armadas han matado menos conciudadanos en las últimas décadas o en el último siglo: miremos a Costa Rica como un ejemplo. Las fuerzas armadas deben transformarse progresivamente en organismos encargados no de la guerra y ni siquiera de la defensa en primer lugar, sino de la seguridad. Son los organismos mejor capacitados para hacer frente a catástrofes, epidemias o amenazas ambientales. Ya el cambio de nombre ayudaría: “fuerzas de seguridad”, suena mucho mejor.

Ahora bien, esta formulación sobre el des-estancamiento no alcanza toda su potencia si no se alude a los agentes que deberían realizarlo. Los aparatos del Estado de nuestros países, tantas veces demasiado precarios e inmediatistas y tantas veces asaltados por hordas de bandeirantes, piratas y calabreses, no han sido capaces de concertarse para transformar nuestras pequeñas energías en sinergia. No se trata sólo de nuestros estados. Éstos no son sino los que nos hemos merecido, por cierto somos todos responsables. Tan responsables somos, que la intelectualidad latinoamericana poco se ha planteado seriamente el problema. Y es importante que lo haga, especialmente sobre aquella cuestión que más le compete y que es la clave para el des-estancamiento: la producción de ciencia, tecnología y cultura, la formación de capital humano, y, más en general, la producción y difusión del conocimiento.

Quizás debería expresarme con mayor dramatismo, pero no estoy imaginando que debo detener a pueblos que corren hacia un precipicio. Se trata más bien de una lenta decadencia de pueblos que no logran encontrarse a sí mismos y que van dando palos de ciego. O ni siquiera eso.

En doscientos años debería acertar alguno de sus palos. Algunos países latinoamericanos nunca dieron un palo al gato. ¿Cómo es posible que países con intelectuales brillantes y profundos, reflexivos e influyentes, a veces, no logran mínimos aciertos?

Los españoles estuvieron en su punto más bajo hacia 1900. Su intelectualidad intentó tres cosas: asumir que España había sufrido derrotas y humillaciones; descubrir cuales eran las causas, mediatas e inmediatas, de tan triste situación y; ponerse a nivel de los vecinos, sin resignarse a que el país fuera expulsado de Europa. Creo que hay consenso que un siglo después, está mucho mejor: en democracia, en niveles de vida, en desarrollo humano, en libertad, en respeto de las diferencias. No sé si su comida ha mejorado, pero no se puede pasar del primer lugar hacia arriba. España tenía su época dorada, América Latina nunca la ha tenido y esto lleva algo a nuestro favor: no podemos imaginar políticas restauracionistas, no tenemos esa tentación tradicionalista y reaccionaria de contemplarnos en el espejo de pasado. No podemos copiar a España ni en uno ni en otro sentido, pero que nada de lo humano nos sea extraño y ojalá que seamos capaces de aprender de todos y particularmente de quienes lo han hecho bien.

Nuestra intelectualidad ha asumido que somos pobres y sin poder, pero como nunca fuimos ricos ni poderosos no siente la humillación de la española. No hemos caído desde lo alto, siempre hemos estado a ras de suelo. Nos gustaría estar más alto pero no tenemos la rabia, ni el empecinamiento ibérico. Nosotros tenemos buenas razones para seguir abajo puesto que no somos españoles. Pero también estamos peor, mucho peor que alemanes y japoneses que fueron destruidos por la II Guerra. Sí, responde la intelectualidad latinoamericana, pero a ellos USA les ayudó mucho. No hemos tenido los avances científicos ni industriales de los rusos. Ah, pero ellos tienen un país inmenso. Tampoco hemos tenido el desarrollo económico de Singapur. No, es que para ellos es muy fácil, poseen un pequeño territorio y no tienen que lidiar con nuestras grandes dimensiones. Tampoco podemos compararnos con los europeos, dicen algunos, pues nuestras naciones son muy jóvenes ni con australianos y canadienses porque llevamos el peso colonial y porque (no se atreven a decirlo en público) ellos no tienen nuestra diversidad racial. Entonces Latinoamérica tiene todas las razones para ser lo que es. Una intelectualidad acrítica y torpe no tiene argumentos, sólo tiene “salidas” o “escapes” para no enfrentar el problema.

No es imaginable la igualdad o la justicia nivel global si no es sobre la base de cierta equiparación de los grados de poder y de conocimiento. No es imaginable una justicia sobre la base de la caridad de unos pueblos y de la inepticia de otros. Por cierto, no basta equiparar la

producción de conocimiento para alcanzar la justicia mundial. Inciden en ello numerosos elementos, pero éste es necesario y uno de los más importantes.

## **CARTA 6 El Aleph del conocimiento, la dignificación de la carrera docente y el protagonismo de intelectuales y universitarios**

En uno de sus textos más conocidos, Jorge Luís Borges contó que había encontrado un punto que le permitía ver todas las perspectivas del universo, o al menos de nuestro planeta, simultáneamente. Ese punto lo llamó “aleph”. Se trataba de una especie de punto luminoso mirando hacia el cual se obtenía una visión omni-comprensiva del mundo, algo así como un ser de cuatro caras que a un tiempo se dirige al Oriente y al Occidente, al Norte y al Sur, algo como un espejo universal redondo y hueco y semejante a un mundo de vidrio.

Quiero hacer una metáfora con la idea de Borges, quitándole la soberbia: el conocimiento es el aleph de la sociedad contemporánea, y no sólo de ésta. Dicho de otro modo: el conocimiento es la cuestión clave, pues permite penetrar hacia dimensiones como alimentación, salud, seguridad, participación, justicia, libertad, educación, información, diversión y otras que deseamos los seres humanos. Por ejemplo, no es posible imaginar una mejor alimentación o salud sin los aportes del conocimiento. Digo que se trata del aleph de la existencia contemporánea, pues permite entrar a todas las otras reivindicaciones.

En ese sentido, el conocimiento no es una reivindicación más, sino que la puerta o la clave para mejorar salud, medioambiente y educación. Probablemente, casi siempre haya sido así, aunque es cada vez más palmario. Se hace paulatinamente más difícil imaginar la seguridad, la equidad o la libertad, el bienestar en general, sin el conocimiento.

Ya sabemos, sin embargo, que conocer el bien no basta para ponerlo en práctica, sabemos también que conocer no basta para ser felices. Por eso dije que pretendía quitarle a este aleph la soberbia. Incluso, hay quienes han afirmado que para la felicidad más vale la ignorancia de ciertas cosas. Es mejor no saber todo lo que piensa, dice o desea la persona amada. Es mejor no saber todo lo que ha hecho ni todo lo que ha sentido la persona amada.

Esta idea del conocimiento como factor clave del bienestar debe llevarnos a asumir la importancia de nuestra labor y a concebirla como articuladora de otras, como base o cimiento, como condición de posibilidad. En definitiva, para sacar a América Latina del estancamiento la clave es el conocimiento con sus corolarios: la calidad del quehacer (por eso digo “conocimiento” y no opinión, parecer o prejuicio) y la honestidad del quehacer (por eso digo

“conocimiento” y no discurso para afirmar preconceptos, ideologías o intereses). En otras palabras, en América Latina y el Caribe esto no ha funcionado así, en buena medida, pues hemos pensado mal; es decir, se ha pensado poco, dedicando escaso esfuerzo al conocimiento, repitiendo o reproduciendo ingenuamente lo que otros han producido sin siquiera asimilarlo adecuadamente; se ha trabajado superficialmente, sin suficiente información ni calidad para dar respuestas acertadas; se ha confundido pensar o formular juicios válidos con declamación o denuncia para impactar al auditorio sin ofrecer alternativas; se han confundido igualmente los géneros la poesía con la antropología, el ensayo con el tratado científico, la elaboración de utopías con la de proyectos, la exposición de ideas ajenas con la investigación. Es positivo cultivar todos los géneros, aunque a veces es fatal confundirlos.

\* \* \*

Para que el conocimiento en Latinoamérica pueda realizar sus potencialidades es decisivo cumplir con una serie de requisitos para su adquisición, su difusión, su transformación en tecnologías útiles, etc. La primera es pensar más y mejor, aunque además existen condiciones sobre el medio docente e intelectual, que se articulan a ese pensar mejor.

1-Dignificar la carrera docente, especialmente para profesores primarios y secundarios, y esto pasa en primer lugar por las mejoras salariales. No puede esperarse que los maestros ejerzan una docencia de calidad ni menos todavía que inculquen valores que no se respetan para ellos. Un sueldo de hambre es una falta de respeto. ¿Cómo pedir a los maestros que se respeten a sí mismos, que respeten su trabajo y que respeten a sus estudiantes si a ellos se les falta el respeto con sueldos miserables? Por cierto el sueldo, siendo lo primero, no es lo único. Son también importantes cuestiones como el perfeccionamiento y la formación permanente, las condiciones laborales, los incentivos morales, como premios y distinciones, etc. La inversión en sueldos y contratos serios de “exclusividad” por ejemplo, es una de las más reproductivas a largo plazo, pues afecta a generaciones de personas cuya labor a su vez repercutirá por mucho tiempo. Dicho con mas fuerza: a los profesores, particularmente primarios y secundarios, debe pagárseles mas de lo que indica el mercado pues se trata de una cuestión de “seguridad”. Podría hablarse de “seguridad nacional” pero sería estrecho. En una visión más amplia, digamos que se trata de una cuestión de “seguridad regional” o, mejor, “seguridad cultural”.

2-Otro factor clave para que el conocimiento realice sus potencialidades es que la intelectualidad asuma un grado razonable de protagonismo y empoderamiento en las sociedades, haciendo

notoria esta dimensión “aléfica”. De hecho la intelectualidad ha asumido papeles relativamente importantes y más o menos negativos o positivos a lo largo del tiempo. Así como una parte contribuyó, queriéndolo o por estupidez, a motivar y mantener guerras civiles y dictaduras, esa misma u otras partes contribuyeron a terminarlas y a superarlas. Domingo Rivarola y otras personas han puesto énfasis particular en el papel jugado por la intelectualidad durante la transición y consolidación democráticas en el Paraguay y lo mismo puede afirmarse de varios países de Latinoamérica. Este ha sido uno de los principales aportes en las últimas décadas, constituyendo una más de nuestras fortalezas. Por cierto, el liderazgo ejercido durante la transición y consolidación democráticas debe servir de experiencia para trabajar por la expansión del conocimiento. Cuestiones como la capacidad de concertación, el sentido común, la imaginación para buscar soluciones y alternativas, son capacidades a aprovechar en la gestión de lo propiamente intelectual.

3-Otro todavía es la comunicación entre productores de conocimiento, tecnólogos, trasferencistas, difusores, industriales y docentes. La circulación del conocimiento y su aprovechamiento por la sociedad sólo puede operar sobre la base de la comunicación entre muchos eslabones. La intelectualidad debe ser capaz de agrandar su mesa, para que tengan lugar en el ágape todos los sectores cercanos, todas esas intelectualidades “circunstanciales” (que no se dedican tiempo completo a la investigación y a la educación superior, pero que se aproximan) que se ubican en las profesiones liberales, en los cuerpos armados, en las iglesias y en las ONGs, e incluso para que tenga lugar igualmente una amplia gama de docentes que enseñan disciplinas muy diversas y en ocasiones bastante “heterodoxas”, pero que deben contribuir a la difusión del conocimiento y a la transmisión hacia la sociedad de los valores de la calidad y la honestidad. Pero en esto, como en tantas otras cosas, agentes fundamentales deben ser los estudiantes universitarios y, en especial, los de postgrados. Téngase en cuenta, sin embargo, que sería una posición tontamente elitista suponer que es la intelectualidad la poseedora de la quintaesencia de los valores de la calidad y la honestidad. Estos están repartidos por toda la sociedad. Quizás la mejor imagen es la de una intelectualidad que debe captarlos, concientizarlos-capitalizarlos y devolverlos.

En nuestras sociedades existen varias tendencias contra el conocimiento, todas marcadas por el sesgo conservador de las formas neo-oscurantistas. Algunas versiones del post-modernismo, del esoterismo, del autoritarismo, del cinismo y del neo-populismo creyendo hacer

una crítica al positivismo (vulgar y que nadie sustenta en la actualidad), en verdad tratan de justificar los prejuicios, los intereses creados y la pereza mental. Algunas de estas tendencias, como cierto postmodernismo ingenuo, que se dan al interior de la academia, intentan evitar la investigación, la evaluación, las exigencias duras de la honestidad intelectual, los concursos con exigencias de formación como doctorados y postdoctorados, publicaciones y transparencia. A su favor, debe señalarse que ha producido una sana reacción, como esas que ocurren cuando se inyectan gérmenes moribundos al vacunar un organismo, para que genere los anticuerpos necesarios para la salud. Esta reacción bastante generalizada, y a la cual ayudó el mentado “caso Sokal”, es otra de las fortalezas de la academia latinoamericana contemporánea, a la hora de ser convocada a la constitución de una Internacional del Conocimiento. Mientras haya intereses creados habrá siempre formas de neo-oscurantismo. Entre otras cosas, por ello es importante la concertación en favor del conocimiento y de un conocimiento sometido a la autocrítica infinita.

## **CARTA 7 Sobre algunos argumentos para denunciar la universidad y la academia latinoamericana**

En el pensamiento islámico de fines del siglo XIX se produce un movimiento de renovación, que va a tener vastas proyecciones en su historia intelectual. La pregunta es por qué el Islam, que representó una de las vanguardias de la civilización, se encuentra en ese momento claramente rezagado frente a Europa. Qué está ocurriendo con una cultura que se halla decaída, menoscabada, invadida por otra, que se advierte como más pujante y cuya soberbia desafía y descalifica sistemáticamente al Islam.

Guardando todas las distancias que se imponen, la pregunta en América Latina puede ser similar: ¿Por qué nos encontramos estancados? ¿Qué está haciendo la intelectualidad y la universidad para evitar esto? ¿No somos responsables de esto e incluso no somos los principales responsables de tal decadencia?

Así de buenas a primeras podemos darnos cuenta que la universidad latinoamericana no ha protagonizado una buena parte de nuestra trayectoria intelectual. Esto la condena por estar al margen a la vez que la absuelve pues no es culpable de todo. ¿Cómo es esto?

La mayoría entre quienes marcaron el pensamiento de la región lo hicieron desde fuera de la universidad. Este fue el caso de Simón Bolívar, Domingo Faustino Sarmiento, José Martí, Eugenio María de Hostos, Gabriela Mistral, Raúl Prebisch, Octavio Paz, Paulo Freire, Frantz Fanon y Rigoberta Menchú. Ciertamente algunas de estas personas se formaron en las universidades de América Latina, pero luego no fue en éstas donde elaboraron sus ideas. ¿Por qué?

El segundo argumento se refiere a la CEPAL, la Comisión Económica para América Latina. Ésta es la institución donde se generaron las ideas más influyentes durante la segunda mitad del siglo XX y la que mayor producción intelectual exportó al mundo desde la región. La CEPAL no es parte de nuestra universidad.

El tercero apunta al pensamiento neoliberal, que tanta presencia ha tenido en las últimas décadas. Éste tampoco se ha generado en el seno de las universidades. Principalmente han sido fundaciones, corporaciones y ONGs los lugares donde se gesta y desde donde se difunde.

El cuarto argumento y el más importante: el porcentaje de producción científica que América Latina genera y aporta al mundo es minúsculo, menos de la mitad que el porcentaje de población que somos y por ello menos de la mitad del promedio mundial, y la presencia de nuestra cultura (en español o portugués) en Internet es también muy inferior a las dimensiones de la población. Esto quiere decir que nuestras universidades no han estado a la altura que deberían.

América Latina se encuentra rezagada y estancada. En el último siglo, el mundo avanzó más que nuestra región y en las últimas décadas esto se ha hecho más nítido.

¿Por qué responsabilizar de esto a la universidad? Obviamente no pretendo que sea la única culpable. Latinoamérica como conjunto debe hacerse cargo del asunto y todos los autores que he citado, y que pensaron desde fuera de la universidad, son al menos tan responsables como quienes hemos estado dentro de las instituciones universitarias. Es el mundo intelectual como conjunto el que debe hacerse cargo de esto. Pero, en la medida que los universitarios hemos tenido el supuesto privilegio de estar en mejores condiciones económicas, de salud y educación y que hemos sido parte de la pequeña elit, imagino que somos más responsables que quienes no poseyeron todo esto. Por otra parte, lo poco que se ha hecho en investigación lo han hecho las universidades públicas. En este sentido los mayores culpables de la carencia son quienes poco y nada han contribuido: universidades privadas, empresas y organismos estatales, entre otros. La universidad pública debe ganar hegemonía, potenciando las capacidades de todos estos agentes, potenciales impulsores del conocimiento.

Alejandro Vial escribe: “Identificar nuestros problemas y abocarnos a resolverlos es lo único que puede sacarnos de la pobreza; ello nos haría tan milagrosos como los asiáticos. El real obstáculo es que no queremos trabajar para el largo plazo. Por no confiar en nuestra propia fuerza y en nuestro destino, nos hemos especializado en la mendicidad. Los científicos sociales estamos familiarizados; no hay simposio internacional en que no se vea a nuestra gente corriendo cual ágiles gamos tras los responsables de las fundaciones para obtener dólares con los cuales investigar lo que sea. Un sonido universal y plañidero nos caracteriza: no hay recursos.”

¿Deberá decirse que la intelectualidad o la cultura con que funciona esta intelectualidad ha sido la causa del estancamiento? ¿Será que la propia intelectualidad y la universidad real han contribuido al rezago y la decadencia?

Seguramente habrá quienes al leer esto piensen que la causa, o culpa, fundamental está en los extranjeros poderosos. No faltará quien argumente que no habrá una universidad de calidad

sino cuando nos liberemos del imperialismo, que nuestras debilidades son consecuencia de las acciones inescrupulosas de éste. Por cierto, casi todo es relacional: las debilidades de unos son las caras inversas de las fortalezas de otros. Pero incluso, si debe entenderse que las pobrezas de América Latina o de África son relacionales, al mirar las cosas desde el punto de vista de la lucha de liberación, nos ejercitamos en la lucha y nos transformamos en buenos luchadores. Transformarse en un eficiente luchador contra el imperialismo significa saber conformar alianzas con otros poderes, por ejemplo, pero supone también, por otra parte, no ejercitarse en ser buenos productores y buenos comerciantes. Si nos liberamos de un imperialismo hemos cumplido una tarea, pero somos incapaces de producir, de comprar y de vender, con lo cual otro imperialismo, aquel que se había aliado con nosotros contra el primero, se apropia de nuestra economía. La lucha contra el neocolonialismo y el imperialismo tiene sin duda una dimensión política, sin embargo, en el largo plazo, es más significativa la dimensión económica, es decir, industrial, tecnológica, financiera, de gestión, de capacidad laboral y empresarial. Mucho mejor que luchar contra el imperialismo es transformarse en un buen competidor económico, por el conocimiento, por la ciencia. ¿Por qué seríamos capaces de vencerlo en el terreno militar y no de competir por algunos nichos económicos? La economía y la fuerza militar de Nicaragua son aproximadamente mil veces más pequeñas que la USA. Un tábano puede molestar a un buey, pero no puede vencerle. Un solo golpe de cola bastará para descalabrar al tábano. Un buey tratará de golpear al tábano, pero no se ocupará de un escarabajo mil veces más pequeño que está comiendo su mismo pasto. El escarabajo deberá comer lo más posible, evitar ser atropellado y ojalá engordar con los desperdicios del buey. Si la tarea de independencia y de equidad de poder es eminentemente económica, no por ello lo es exclusivamente. Por el contrario, es necesario compatibilizar las tareas económicas con las políticas, científicas, culturales, diplomáticas. La tarea de nuestra independencia y de nuestro desarrollo, de nuestra ubicación en un lugar equitativo dentro del reparto del poder mundial debe asumirse en todos los planos, aunque debe tenerse claro que la clave no es el poder ni el antiimperialismo, sino la felicidad de nuestra población y ésta debe entenderse asociada a: la permanencia de la gente en su país de residencia, manejando niveles razonables de información y estando exenta de impedimentos graves de salida; al aumento en los indicadores de expectativa de vida y al aumento en los indicadores de desarrollo humano.

Todavía un argumento más: en cada reunión de académicos, profesores, etc., sale a la palestra el tema de la baja calidad de nuestros estudiantes: esos que recibimos en las

universidades, esos que tenemos allí. El sentimiento compartido de este problema, por cierto, tiende a culpar a otros pero también a nosotros mismos. La universidad, la academia latinoamericana, ha formado a los profesores de esa muchachada en escuelas, colegios, liceos. Existe en el propio medio académico el sentimiento de que la universidad no ha cumplido y no cumple, como tampoco cumple la familia, la televisión, el Estado, ni la educación secundaria... Es decir, se actúa sistemáticamente mal en la educación. Quizás la muestra más palmaria de la punta del iceberg es la que puede denominarse la regresión paleolítica en que se envuelven estudiantes y políticos. Dado que la argumentación eidética no funciona se recurre, por parte de los estudiantes, a aquella que parece ser la única salida: la “argumentación lítica”. Tirar piedras es más divertido que articular ideas y a las autoridades les hace más efecto. La conclusión más fácil es: estudiar ideas tiene poco sentido, es más útil ser diestro con las hondas; el poder no nace de la idea y ni siquiera del fusil, sino de la piedra. Por lo demás fue así que David venció a Goliat.

## **CARTA 8 Sobre una agenda para el mundo intelectual, universitario y docente de Latinoamérica y la afirmación de una cultura de la calidad**

Proponer una agenda intelectual es una tarea con dos caras: formular una manera de pensar y formular una manera de actuar para dicha intelectualidad; por cierto ambas son dos dimensiones de la misma tarea. Esta agenda intelectual está siendo planteada para una intelectualidad que debe pensarse a si misma en primer lugar como co-gestora de un destino para la región y ciertamente no como “intelectuala orgánica” de alguna clase o “asesora” de algún gobierno dictatorial o populista, para ayudarle a ganarse el apoyo de los incautos. Por ejemplo el liderazgo en la solución de controversias internacionales es clave para una intelectualidad continental y para una Internacional del Conocimiento, como un gran organismo de entendimiento entre los pueblos, pues existe un tonto y estrecho “realismo” latinoamericano que nos mantiene en el aislamiento, en el “orgullo nacional”, en la reglamentación de fronteras, en el estúpido trofeo de guerra, en la pobreza y en muchos casos en la miseria.

Numerosas intelectualidades, particularmente durante los últimos 2 siglos, se han ocupado de formular agendas para sus naciones, culturas, sociedades o regiones: los japoneses de la sociedad *Meiropokusha* hacia 1870, los panafricanistas en 1945 luego del congreso de Manchester, los eslavófilos rusos hacia 1840, los nacionalistas-republicanos chinos durante la segunda década del XX, la corriente salafista, de *al-Manar*, dentro del islamismo hacia 1900, la generación romántica en América Latina hacia 1840, la red del *Repertorio Americano* hacia 1925 y la generación del 98 en España, son algunos de los casos más conocidos, entre muchos otros. Alejandro Korn habló de sentar las “nuevas bases”.

Partiendo de la siguiente constatación: si América Latina se encuentra en un estado claramente inferior al deseado y al proyectado, menoscabado respecto a otras regiones del mundo, con indicadores de crecimiento bajísimos en algunos rubros y negativos en otros, debe asumirse que hemos pensado mal y/o actuado mal. Los objetivos fueron inadecuados o lo fueron los medios para lograrlos. Lo más probable es que se trate de ambas cosas juntas, al menos en cierto grado.

Las siguientes serían algunas de las tareas (no jerarquizadas) para una agenda:

1-Promoción de instancias de concertación interuniversitaria e interinstitucional, como base para la generación de tareas intelectuales de mayor envergadura.

2-Creación y desarrollo de observatorios de la producción, aplicación y difusión del conocimiento, que sean adecuados a nuestra realidad para permitirnos una evaluación pertinente y una superación más rápida.

3-Promoción y el fortalecimiento de las redes de intelectuales, universitarios y docentes como formas de autogestión de la sociedad civil intelectual, tanto para los efectos directos como indirectos del conocimiento.

4-Promoción de formas de evaluación y acreditación de la educación, que permitan desarrollarla y perfeccionarla, transformándola en instrumento clave de la calidad y la honestidad intelectuales (ver a este respecto algunas ideas de Claudio Rama y algunas resistencias que detecta en la región: [www.universia.edu.uy](http://www.universia.edu.uy)).

5-Elaboración de instrumentos para el fomento de la tecnología, sea como investigación tecnológica, como producción de tecnología, como aplicación a la vida social y económica, como fuente de recursos y como expresión de las culturas.

6-Iniciativas para el fomento de los postgrados como formas imprescindibles para avanzar en la calidad, en la formación continua, en la adecuación a las nuevas exigencias y en la formación universitaria en general, que habiéndose hecho masiva obliga a formas de superación y a la búsqueda de nuevas místicas.

7-Implementación de medidas (como financiamientos, premios, programas, distinciones, asociaciones, etc.) que permitan avanzar en la constitución de un espacio intelectual unificado que sea un escenario notoriamente mayor que el de nuestras ciudades, provincias, estados o países. Esto facilitará (y obligará) a un despliegue mayor. Ya sabemos que los espacios pequeños llevan una doble maldición: la de su pequeñez y la de los estigmas aldeanos que lanzan sobre sus miembros.

8-Dignificación de la carrera docente que es fundamental para la producción, difusión y transmisión del conocimiento. La dignificación, por el salario y por las distinciones, es un asunto de seguridad cultural, económica y de nuestra comunidad más amplia. Aplicar exclusivamente criterios de mercado a las cuestiones de seguridad es cortoplacista y, a largo plazo, suicida.

9-Creación de instancias de diálogo entre intelectuales con diversos papeles en el proceso del conocimiento y procedentes de distintas áreas de la creación intelectual, con el fin de armonizar criterios y promover causas comunes.

10-Promoción de la creación de medios, instrumentos, instituciones, fondos y otras instancias que promuevan la adquisición y difusión del conocimiento, particularmente de carácter metanacional.

11-Creación de instancias de diálogo con otros agentes sociales, lugares claves para legitimar, financiar y transmitir el conocimiento; para madurar el “contrato científico-tecnológico”, ese donde unos producen conocimiento y piden financiamiento y donde otros demandan conocimiento relevante y aportan financiamiento; y para aplicar los resultados en beneficio de la gente.

\* \* \*

¿Cómo capitalizar el potencial ético, crítico, heurístico, de responsabilidad ciudadana, de sentido común y de innovación de los profesionales del conocimiento? ¿Cómo aprovechar todo esto en la transformación de misma de la cultura académica latinoamericana?

En primer lugar ello requiere de una decisión, de una apuesta por la calidad. Esta decisión no es de una vez para siempre, sino que debe ser asumida cotidianamente, dando cada día un pequeño viraje de timón, para irse colocando en la dirección correcta. Por cierto, tampoco se trata de una cuestión puramente psíquica o espiritual sino que debe plasmarse en estructuras, instituciones, legislación, programas educacionales y hábitos de trabajo.

Si el mayor éxito de la región en las últimas décadas ha sido la democracia, podemos inspirarnos en eso. Sin duda el término de la Guerra Fría nos ayudó, pero tomemos igual en cuenta nuestro hastío y nuestro horror ante las dictaduras, nuestra decisión de renunciar a los salvacionismos y mesianismos, nuestro sentido común descreído de que los cambios de gobierno de cualquier signo nos traerían la felicidad a la vuelta de la esquina y, por cierto, nuestra consciente apuesta a la democracia. Esto ha salido bastante bien, incluso en países cuya trayectoria había sido lamentable. Porque aunque ha continuado la inestabilidad política con algunos cambios bruscos, estos no han hecho desaparecer la democracia y han sido con mínima sangre.

La apuesta a la democracia ha estado acompañada de un plan para desarrollar y fortalecer la cultura democrática. En dicho plan se han embarcado los propios estados, las ONGs, las

iglesias, los partidos, los organismos internacionales e incluso en algunos casos las propias fuerzas de seguridad. ¿No podríamos hacer algo parecido para mejorar nuestra cultura académica y educacional? ¿Cómo desarrollar y fortalecer una cultura de la calidad en los espacios de producción del conocimiento y proyectarlo desde allí hacia toda la sociedad?

Construir una cultura de la calidad no es una cuestión para la cual pueda ofrecerse simplemente una receta. Entiendo que es una tarea infinita en el tiempo y en sus modalidades, una tarea que tienen que llevar a cabo todas las instancias en que se desenvuelve gente de ciencia, técnica, investigación, estudiantado, profesorado e intelectualidad. Entiendo igualmente que las propias instituciones académicas, los gobiernos, las ONGs, las consultoras y los organismos internacionales podrán hacer su aporte.

Y ¿que significa “cultura de la calidad”? Nada más simple: asumir (de manera permanente, cotidiana y en todas las dimensiones) el criterio de subir el nivel. En este sentido la cuestión decisiva es la relación vergüenza-autoestima: el respeto por la propia firma. La propia firma debe ser la garantía de un trabajo de calidad. Quien no tiene vergüenza o autoestima pone su firma a cualquier cosa, faltándose el respeto.

## **CARTA 9 Sobre colaboración intelectual internacional y exportación de tecnología y cultura**

Los países de América Latina se caracterizan por la poca incidencia de sus exportaciones de productos de alta tecnología en la obtención de divisas. Materias primas, turismo, remesas de los emigrantes son los rubros básicos para la mayoría de los países. Las exportaciones con alto valor agregado fluctúan en promedio alrededor del 10 al 20% en la obtención de divisas. Una de las convicciones, de nuestra intelectualidad, es que la colaboración internacional sistemática debería contribuir a mejorar los índices de producción científica y tecnológica y, a la postre, ello se revertiría sobre producción industrial con alto valor agregado. La bonanza económica que se ha dado a comienzos del siglo XXI ha provenído, en su mayor parte, del aumento de los precios de las materias primas arrastrados por el crecimiento de la economía mundial. En grado muy bajo se ha debido a los méritos de Latinoamérica.

Pero, por otra parte, uno de los trazos de esta cultura académica es también nuestro provincianismo y nuestra ingenua mirada hacia el centro. La intelectualidad latinoamericana, por su mirada provinciana y su pobreza económica se ha visto reducida a los espacios nacionales. Esto a pesar de que nuestros grandes pensadores, salvo la excepción de uno u otro como José E. Rodó, nunca han producido una gran obra antes de haber vivido fuera de su país. El provincianismo ha conspirado contra la creación de redes intelectuales que sinergicen nuestro quehacer. En el caso de los países más pequeños, esto es lamentable. Lamentable porque cualquier tuerto y miope pasa por rey. Por ello, pensar en el aumento de la calidad de la producción intelectual latinoamericana pasa, entre otras cosas, por la integración en espacios mayores.

Durante la segunda mitad del siglo XX se enfrentaron en América Latina dos paradigmas integracionistas: el hacia adentro y el hacia fuera; el que pretendía facilitar y coordinar el crecimiento industrial y el que apuntaba hacia la promoción de nuestras exportaciones. La colaboración intelectual no está obligada a elegir entre estas posibilidades, por el contrario, creo que en este caso ambas opciones son compatibles y sinergizadoras.

La colaboración está siendo pensada para desarrollar nuestras fuerzas productivas intelectuales y para posibilitarnos exportar tecnología y bienes con tecnología agregada, así

como para mejorar nuestra producción cultural y exportarla, poniéndola a disposición de la humanidad en el supermercado cultural globalizado.

La pequeñez de nuestras comunidades intelectuales las bloquea en un provincianismo inhibitorio. La colaboración es clave para obligarlas a superarse a sí mismas, tanto por la mayor recepción de información como por la competencia a que serán sometidas.

Entre muchos otros, existen dos síndromes en el pensamiento latinoamericano de las últimas décadas: que exportamos productos sin valor tecnológico y que nuestra cultura posee mínima presencia mundial, argumentándose que para comienzos del siglo XXI alrededor del 4% de los sitios de Internet son en español o portugués, por cierto incluyendo a los países ibéricos, africanos y asiáticos, con una población de más del 10% de la mundial.

No interesa tanto, ahora, discutir la verdad o no de tales afirmaciones ni cuanto varía de un país a otro. Se trata de obsesiones del pensamiento latinoamericano a las que debemos ser capaces de responder. Como obsesiones evocan nuestros temores e inseguridades. En consecuencia, entregar valor agregado y ganar presencia en la globalización son dos de los desafíos ante los que se encuentra la intelectualidad.

Para facilitar la tarea de colaboración intelectual hay que pensar, sin embargo, el integracionismo de una manera diferente de como se ha pensado hasta ahora: debe transitarse desde aquella idea que supone al Estado como el único actor a otra en que se otorgue importancia a la sociedad civil y particularmente a la sociedad civil intelectual.

Aunque existe una reivindicación, en algunas líneas del pensamiento latinoamericano, por el protagonismo de la sociedad civil, ello no es suficiente para que la intelectualidad pueda transformarse en un agente relevante del proceso integracionista.

Hemos pensado la integración según el paradigma de crear algo así como un macro-estado. En la actualidad nuestro modelo, implícito, es algo así como la Unión Europea. Pero a la vez nos damos cuenta, día a día, que somos incapaces de hacerlo. ¿Por qué entonces no hacer un cambio de paradigma y pensar de otro modo? Puesto que la integración es imposible en los términos convencionales imaginémosla como colaboración, donde los estados no son los principales agentes, donde no se apunta hacia un macro-estado ni a una integración holística casi en ningún sentido. ¿Queda algo? Si la integración ha muerto que viva la integración.

Pienso que para favorecer el papel de la intelectualidad en el proceso de integración latinoamericana debemos realizar una suerte de revolución copernicana. Ésta consiste en cuatro operaciones destinadas a desechar una conceptualización que nos coarta la acción:

Primera, pensar en las sub-regiones más que en América Latina como totalidad. De hecho, a los latinoamericanos América Latina nos ha quedado grande. La “patria grande” nos ha quedado grande. Para pensar una colaboración eficiente debemos circunscribirnos momentáneamente a espacios más reducidos y manejables: Conosur, espacio andino, centroamericano, caribeño.

Segunda, que la idea del Estado como agente casi único debe continuar reemplazándose por la de actores múltiples. Así, los diversos agentes de la sociedad civil y las diversas reparticiones estatales pueden asumir su papel independientemente, aunque algunas coordinaciones pueden potenciar los trabajos de unos y otros. En todo caso, la sociedad civil intelectual puede llevar a cabo avances importantes sin que se realice la integración política. De hecho, desde hace décadas o siglos numerosas redes han articulado a la intelectualidad latinoamericana sin esperar ni la orientación ni el apoyo de los estados. En varias oportunidades los organismos internacionales han aportado más que los estados-nación a dicha tarea.

Tercera, debemos imaginar el proceso de integración en Latinoamérica de manera no holística, avanzando donde sea más factible. En unos momentos podrá avanzar el derecho, en otros la cultura o la economía. Pensar en una forma sistémica dogmática inhibe a los agentes que están dispuestos a avanzar más rápido.

Cuarta que la noción misma de “integración” puede ser reducida o concebida parcialmente como “colaboración”. La idea de colaboración nos permite un trabajo más autónomo, especialmente en el ámbito científico-cultural, sin esperar que los Estados den pasos para los cuales no existen voluntades políticas suficientes. Más aún, este concepto de “colaboración” permite aprovechar de los otros países lo utilizable, sin tener que amarrarse con los problemas de éstos. Creo que el desafío para los juristas es elaborar un derecho ad hoc, que permita avanzar en este proceso de modo oblicuo, no coordinadamente, asumiendo las capacidades legales de los entes intermedios, de las universidades y de las organizaciones de la sociedad civil, de manera unilateral o bilateral y no omnilateralmente.

Pero estas revoluciones carecen de sentido si no se toman en cuenta dos cosas: la inmensa cantidad de organizaciones académicas que pueden asumir papeles y la inmensa cantidad de recursos (a nivel latinoamericano) que manejan en conjunto tales instituciones.

## **CARTA 10 Sobre redes intelectuales y corredores de las ideas como formas de acción e interacción de la sociedad civil del conocimiento**

Esta propuesta atribuye un papel protagónico a los agentes intelectuales en la puesta en marcha de iniciativas coordinadas, más allá de las fronteras nacionales, y que apunten a desarrollar las fuerzas productivas intelectuales, que son claves, aunque no suficientes, para otros desarrollos.

En la actualidad, la sociedad civil y otros agentes se van haciendo cada vez más presentes en el espacio mundial, disputando grados de protagonismo a los estados-nación. ONGs, redes, consorcios, asociaciones e iglesias de diversos tipos pretenden actuar y desenvolverse metanacionalmente. El crecimiento de la sociedad civil metanacional ha sido muy importante.

Ya se ha dicho, un problema grave es el déficit de sentido común. Por eso el carácter de estas cartas es la comunicación de colega a colega y no el discurso de un técnico, un asesor, un experto o un funcionario del Estado o de un organismo internacional, discursos que en ningún caso descalifico. Hablo como un colega que se ubica en el seno de la academia latinoamericana, que la ha vivido codo a codo, que puede mostrar un conocimiento grande sobre las ideas de la región a través del tiempo, mostrar un conocimiento de nuestra geografía educacional por haber estado en decenas y decenas de universidades en casi 20 países y en varios estados de Brasil mas grandes que la mayoría de los países de Latinoamérica, como también por haber cultivado amistad profunda y duradera con muchas personas de varias nacionalidades pudiendo conocer cotidianamente y por dentro a nuestra academia.

Si los estados nación en América Latina no han sido capaces de lograr los avances necesarios, la intelectualidad debe asumir (no aisladamente, ni menos contra los estados) un compromiso consigo misma y con los pueblos, esto es: gestionar el desarrollo de las fuerzas productivas intelectuales.

Nuestras universidades poseen miles de millones de dólares de presupuesto anual y si a ello sumamos academias, fundaciones y otras instancias del quehacer cultural (y ¿por qué no agregaríamos en algún sentido a periódicos, cadenas de televisión, gremios profesionales, laboratorios etc.?) debemos tener en cuenta que están dadas las condiciones materiales para emprender políticas de alcance regional. La sociedad civil intelectual tiene que realizar, en cierto

sentido, una “subsidiariedad al revés”: debe realizar las tareas que muchos suponían que el Estado debía cumplir.

Redes intelectuales y corredores de las ideas permiten grados de contacto y densidad imprescindibles para la sinergia de la producción intelectual (véase [www.corredordelasideas.org](http://www.corredordelasideas.org)) En muchos lugares de América Latina las comunidades intelectuales se encuentran ahogadas por su pequeñez y su pobreza. Se trata de coordinar y sinergizar el trabajo de estas instancias hacia la creación de algo que llamaré una “Internacional del Conocimiento”. Insisto en la noción “redes intelectuales”, pues creo que para potenciar la existencia y la actividad de una sociedad civil intelectual debe elaborarse una conceptualización que la facilite. Expresiones como “generación” o “campo intelectual” son menos funcionales para esto.

Por ello, intelectuales y universitarios deben asumir su responsabilidad no tanto política cuanto planética, pero vuelvo a prevenirles contra la soberbia: nunca tendremos todo el conocimiento ni mucho menos todo el poder. Responsabilidad planética y no política, pues la tarea no se circunscribe a la polis moderna del estado-nación, sino que en este caso la trasciende hacia un espacio mayor e indeterminado. El espacio de lo metanacional es un espacio donde los grados de desorden (o complejidad) son mayores que al interior del estado-nación. En el espacio planético gozamos de mínimas garantías o reconocimiento. Somos exploradores más que ciudadanos. Si ya sabemos que en nuestros estados latinoamericanos el imperio del derecho es muy feble ¿qué decir del espacio metanacional? Claro está, tal espacio bifronte ofrece peligros y posibilidades.

\* \* \*

La Internacional del Conocimiento nace al interior de las redes, heredando los trabajos de José Enrique Rodó, Joaquín Nabuco, Francisco Romero, José Vasconcelos, Gabriela Mistral, Joaquín García Monge, *El Repertorio Americano*, Víctor Raúl Haya de la Torre, José Ingenieros, Arturo Ardao, Germán Arciniegas, Mariano Picón Salas, Gonzalo Rojas, Fernando Ortiz, Eric Williams, George Padmore, *Casa de las Américas*, Raúl Prebisch, Haydee Santa María, Celso Furtado, *ILPES*, Osvaldo Sunkel, Enrique Iglesias, Leopoldo Zea, *SOLAR*, Darcy Ribeiro y María Elena Rodríguez, José Leite Lopes, Miguel Rojas Mix, FLACSO, Pablo González Casanova, FIEALC, Fernando Cajías o Leonardo Jeffs y *ADHILAC*, entre tantas otras personas y

agrupaciones. Pero esa herencia no es una inspiración únicamente en la constitución de redes articuladoras de la intelectualidad latinoamericana sino además en la herencia de una progresiva conciencia continental y mundial. Los intentos de Haya de la Torre, Zea, Sunkel o Iglesias por articular la intelectualidad latinoamericana con la africana, asiática y la de todas las regiones del mundo.

La afirmación de la búsqueda del conocimiento contra todo neo-oscurantismo, contra todos los neos y paleos dogmatismos, es una tarea irrenunciable que debe asumirse en primer lugar con la autocrítica epistémica e institucional que la fecunde.

La Internacional del Conocimiento se realiza en los contactos, colaboración y circulación mundial, mas allá de todos los límites, transitando a través de todas las fronteras. Se funda en América Latina con una vocación mundial. La circulación del conocimiento y su aprovechamiento no deben ser limitados sino por los argumentos del propio conocimiento. No hay un poder externo que pueda conocer sin el trabajo del conocimiento. La democracia del conocimiento, la discusión pública de sus argumentos, la libre circulación de las ideas y las personas son objetivos irrenunciables y que, si bien en el corto plazo muchas veces ofrecen peligros, en el largo plazo sin duda van a redituarse y esto lo afirmo no por alguna “fe en el progreso” sino únicamente porque afirmar la sentencia opuesta es absurdo. Afirmar que debemos limitar o evitar el conocimiento es una sentencia contradictoria en si misma, pues supone que el conocimiento de quien la profiere ha llegado al estado óptimo, en que todo avance sería un retroceso. Y no hay modo de justificar tal dogma, salvo por las religiones.

## **CARTA 11 Sobre la “Internacional del Conocimiento”**

Se ha visto que el conocimiento debemos entenderlo como el aleph de la sociedad contemporánea, es decir aquel punto que nos permite acceder a muchos otros que son incomprensibles sin éste. Se ha visto igualmente la obvia necesidad del desarrollo de las fuerzas productivas intelectuales. También se ha destacado la necesidad de que la intelectualidad participe de la gestión del desarrollo del conocimiento, constituyéndose en agente de un proceso de colaboración que trasciende los espacios nacionales. Se ha insistido en la necesidad de mejorar los índices de calidad-honestidad, así como la necesidad de focalizar la ética para la intelectualidad en la producción y difusión del conocimiento y no fuera ni menos en contra de esto.

Imagino a esta Internacional del Conocimiento como una suerte de hermandad o asociación de profesionales del conocimiento y la información que traspasa partidos, naciones, gremios, disciplinas e instituciones. Una gran red que, por sobre ideologías y creencias, se compromete con el calidad del conocimiento y la honestidad intelectual, en la convicción que son claves para el bienestar de la humanidad y particularmente de nuestra región.

Los conceptos matrices para esta Internacional del Conocimiento son: colaboración intelectual, sociedad civil intelectual, calidad en la academia y mas allá, desarrollo de las fuerzas productivas intelectuales, pacto entre intelectualidad y sociedad, honestidad y calidad intelectual, el conocimiento como aleph de la sociedad del futuro, desarrollo científico-tecnológico, redes de intelectuales y docentes, transparencia en la academia y mas allá, responsabilidad intelectual, cultura de la calidad, entre otras que se deben agregar.

Una de las grandes dificultades con las que se encuentra la sociedad civil metanacional es la carencia de un derecho que le permita actuar. Frecuentemente, queda inhabilitada, por su falta de personería jurídica internacional, para interactuar con reparticiones oficiales de los estados u organismos internacionales.

Para que los agentes intelectuales puedan acrecentar su capacidad de colaboración es importante desarrollar cuerpos jurídicos que les aseguren legitimidad y les permitan actuar donde hay vacíos o trabas nacionales. Aquí la tarea de un derecho para la integración, y particularmente para la colaboración intelectual y científico tecnológica, es clave.

Existe una gran cantidad de acuerdos jurídicos de tipo internacional suscritos por los estados, que contienen aspectos relativos a cuestiones culturales, científicas y tecnológicas, alusivos a desarrollo y medio ambiente, a derechos de autor, marcas y patentes, etc. Existe otra cantidad de documentos, cuya fuente son los organismos internacionales y numerosas organizaciones intermedias como gobiernos provinciales, estatales, municipales. Existe, por otra parte, y esto me parece de fundamental importancia, algo que llamaré un “derecho consuetudinario de la comunidad intelectual”, con siglos de trayectoria y que si me apuran remontaré a la Academia de Platón, que se encuentra tanto en el mundo latino, en el mundo árabe e islámico en general, en la Edad Media y Renacimiento europeos y por cierto en las universidades coloniales latinoamericanas. Este derecho consuetudinario de las comunidades intelectuales, que se ha ido constituyendo en el seno de las redes, universidades y academias, ha trascendido muchas veces o casi siempre a los estados e incluso a los imperios. Todo este material jurídico debe ser retrabajado en vistas a ofrecerle al mundo intelectual un sustento que otorgue legitimidad a su trabajo de creación y colaboración, cuando trasciende el marco de las entidades políticas. En cierto modo, esto puede ubicarse dentro de lo que se ha llamado el “derecho internacional de la cooperación”, que se orienta a realizar la cooperación internacional para la solución de problemas que trascienden al estado-nación.

La Internacional del Conocimiento tiene como objetivo potenciar el conocimiento y aprovecharlo en beneficio (y no en perjuicio) de la humanidad, para lo cual un objetivo intermedio consiste en la creación de espacios de circulación fluida de las ideas, de la información y del conocimiento. Uno de estos casos, y el que ahora interesa, es avanzar en la constitución y consolidación de un espacio latinoamericano común, derribando en la medida de lo posible fronteras nacionales y otras. Esto debe iniciarse con avances parciales, insistiendo en espacios binacionales y subregionales, aprovechando los contactos entre países con mejor comunicación. Ello además es clave para la “desprovincianización” de nuestra intelectualidad.

Esta propuesta no es política, pues América Latina no es una polis y mucho menos lo es el mundo. Ya sabemos que el planeta es demasiado ancho y ajeno para ser considerado como polis, aunque muchos piensen que vamos hacia allá. El planeta es un inmenso ecosistema, o un mega ecosistema, compuesto de tantos y tantos pequeños, y con nichos casi infinitos, que van apareciendo y desapareciendo. Mi propuesta es amplia, no específica, para desenvolverse allí con elasticidad.

Entre otros, los objetivos de la Internacional de Conocimiento son:

- 1-Mejorar la educación en todos los niveles;
- 2-Aumentar la investigación;
- 3-Fomentar una cultura de la calidad y la honestidad y transmitirla a nuestros estudiantes;
- 4- Innovar y luchar contra el anquilosamiento intelectual y cultural;
- 5-Producir cruzamientos interdisciplinarios;
- 6- Abrirse a nuevos problemas, temas y paradigmas;
- 7-Contribuir a que toda persona se transforme en co-gestora de su proceso educativo, favoreciendo un pensamiento libre y autónomo;
- 8-Potenciar la sinergización de los gestores y difusores del conocimiento, teniendo la libre circulación de intelectuales, conocimiento e información como condición necesaria;
- 9-Desarrollar un conocimiento que contribuya a mejorar la vida de las personas, a la vez que permita interrogar y reformular los criterios mismos con que se considera y se mide ese bienestar;
- 10-Contribuir a la calidad de la información y a la honestidad en su difusión, así como contribuir a que toda persona tenga libre acceso a la información, a la vez que pueda transmitirla y difundirla;
- 11-Contribuir a que toda persona tenga acceso a la lectura, la escritura y a todos los medios que permiten el acceso al conocimiento.

La Internacional del Conocimiento se constituye a partir de diferentes procedimientos: la sinergia de las redes y las instituciones académicas; la realización de grandes encuentros que permitan conocer, escuchar y dialogar a personas de disciplinas y lugares muy distantes; la constitución como grupo de presión frente a quienes manejan los presupuestos con el fin de obtener mayores recursos para el conocimiento; la creación de equipos “traductores” transdisciplinarios capaces de generar comunicación; la existencia de una agenda que posibilite un trabajo de largo aliento en el mejoramiento de la actividad intelectual y en el contacto con otros agentes sociales decisivos para el desarrollo y el aprovechamiento del conocimiento.

La Internacional del Conocimiento, deberá asumir una o más de las siguientes funciones:

- 1-Facilitar el diálogo entre los académicos de las diversas disciplinas, incluso de las muy distantes, y de estos con otros agentes sociales;
- 2-Coordinar las redes e instituciones académicas en vistas a la realización de desafíos mayores;

3-Gestionar o motivar la creación de nuevas instancias para el desarrollo, difusión, adaptación, captación, transferencia, etc. del conocimiento;

4-Actuar como grupo de presión y/o agrupación gremial para promover los “derechos del conocimiento”.

Se organizará sobre la base de redes de intelectuales, universitarios y maestros, e instituciones que se ocupen del conocimiento, y sus actividades se tensionarán en la amplia gama que va entre el congreso académico y la feria del conocimiento.

Sea como fuere, la tarea decisiva de la Internacional será promover en América latina una cultura de la calidad, como base en la promoción del conocimiento.

\* \* \*

Una de las tareas más urgentes, y probablemente de mayor impacto, que deberá emprender la Internacional del Conocimiento es la redacción de una Declaración-Carta-Contrato-Compromiso o Bases de la intelectualidad, algo así como (guardando las distancias) una Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, pero para el mundo intelectual latinoamericano. Estas “Bases” deberán ser suscritas por múltiples instituciones y personalidades, que se comprometerán a respetarla y promoverla. Su sentido consiste en la enunciación de un conjunto de principios, a partir los cuales podrá operar la intelectualidad, respecto de si misma y de los pueblos. Estos principios serán especialmente orientados al quehacer intelectual, debiendo superar las simples declaraciones libertarias, igualitarias y fraternitarias.

En un espacio planético, donde la fuerza del estado-nación no alcanza y/o donde carece de voluntad política, se trata de suscribir un cuerpo de principios jurídicos que se constituya en una suerte de contrato entre los agentes intelectuales, que sustente, otorgue legitimidad, permita dirimir diferencias, etc. Por cierto, se trata de un cuerpo que debe sostenerse sobre una base eminentemente contractual (rousseauiana), y cuya sanción casi únicamente será moral, y no sobre la base del poder de la fuerza (hobbesiano). Esta declaración tenderá a transformarse en un cuerpo crecedor, que se constituya en un marco para la acción de una intelectualidad que desea asumir un protagonismo de primera importancia, a través de los aportes del conocimiento, en el desarrollo humano de la región y del mundo.

Los principios suscritos deberán:

1-Facilitar y potenciar el trabajo intelectual conjunto dentro y más allá del estado-nación, tendiendo hacia la constitución de un espacio intelectual unificado a nivel regional, que cohesione a la intelectualidad y le facilite su acción frente a los demás agentes;

2-Contribuir a una cultura de la calidad y la honestidad intelectual;

3-Incentivar un trabajo intelectual que repercuta sobre el bienestar de la sociedad y sobre los indicadores que inciden en el poder y que impidan la opresión y la explotación de nuestros pueblos.

Por decirlo de algún modo: esas Bases apuntarán a convertirse en una especie de carta constitucional de la República del Conocimiento.

## **CARTA 12 Sobre la (in) consecuencia ética y la falta de confianza**

Lo señalado antes implica una cuestión clave: la confianza. El tema de la confianza es entre nosotros un problema ético. El uno no hace lo que debe, el otro no espera que el uno haga lo que debe y entonces él tampoco lo hace. Se trata de engañar al otro antes que me engañe a mí. La crisis de confianza está minando la política, la actividad económica, la actividad académica y en ocasiones, hasta el tránsito de nuestras ciudades.

El problema ético fundamental de América Latina es cómo crear y conservar la confianza y la confianza tiene que ver con hacer bien las cosas, con el “bienhacer”. Obviamente no es lo único, el tema de la tolerancia, de la interculturalidad, de la seguridad, de la justicia social, también son importantes. El punto aquí no es la mayor o menor importancia, sino cuales valores son básicos para permitir la existencia de los otros. En 2002, el 57% de los paraguayos creía que le iba mejor en la vida al que tiene buenos contactos y los usa para su provecho, en tanto que solo el 42 % creía que eso ocurría al que trabaja duro y cumple con las leyes (CIRD/USAID, 2002,10). Puede ser algo coyuntural, pero esa es una muestra de la inexistencia de confianza y de justicia, por lo que hacer las cosas bien es algo completamente secundario. ¿Por que un estudiante perdería tiempo estudiando si lo más importante es la astucia para hacer lobby en vistas a adquirir buenos contactos y si además es mucho divertido? Esto consagra el círculo vicioso del subdesarrollo y la mediocridad.

Sería abusivo pedir que los pensadores latinoamericanos descubrieran la piedra filosofal que permitiría transmutar la corrupción en honradez o la pillería en solidaridad ciudadana. Pero eso sí, debe recordarse, que se trata de un problema de la mayor importancia, al que debemos dedicarnos con radicalidad. Algunos de nuestros países se encuentran entre los con mayores niveles de corrupción y desconfianza del mundo. Tales índices son inversamente proporcionales a los de desarrollo y democracia.

Es razonable proponer que nos aboquemos a esto. Donde no hay confianza se dificulta el funcionamiento económico y político, se dificulta el ejercicio de la justicia y hasta la vida cotidiana: el respeto por la otra y el otro. Confianza/desconfianza es un problema ético del que deben ocuparse los filósofos, pero es un problema que debe interesar a antropólogos, politólogos

y economistas entre otros. La mayor o menor capacidad de un grupo para liderizar un proceso de reforma dependerá en gran parte de su capacidad de generar confianza y dicha confianza hacia fuera dependerá de la confianza que logre generar entre los pares. Calidad, honestidad y transparencia en el quehacer intelectual son criterios claves para generar confianza en el propio medio y hacia fuera. En el propio medio intelectual la renovación vendrá de quienes sepan generar confianza.

\* \* \*

Hay intelectuales que solidarizan frecuentemente con las causas de los pueblos, con causas religiosas, políticas, ecológicas y otras, pero ejercen mal su profesión. Hay universidades que hablan de su compromiso con los pueblos pero forman malos profesionales. Hay estudiantes que precisamente para no estudiar prefieren dedicarse a alguna cruzada de beneficencia. Hay gente, incluso en el medio intelectual, que niega la inteligencia, argumentando que esa negación contribuiría a la afirmación de las causas de los pueblos. Supuestamente los ignorantes perciben mejor y participan mejor de esas causas. Por eso argumentan que Haití está mucho mejor que Canadá. En ese discurso se encuentra la semilla del discurso dictatorial, la soberbia del ignorante.

La clave de la ética para el mundo intelectual es mejorar su quehacer, subir su nivel, perfeccionar su oficio y no negarlo. La clave de la ética intelectual es producir un intelectual, un profesional, un especialista en quien se puede confiar pues entrega soluciones, alguien que practica el “bienpensar” y el “bienhacer”. La confianza en la calidad conlleva una doble dimensión técnica y ética: es algo ético hacer las cosas bien

Existen muchas personas con pequeños conocimientos (particularmente los iluminados religiosos y los neo populistas conservadores) que creen que ya conocen los fines y el destino de la humanidad y que deben ir directamente hacia allá, sin preguntarse mas nada. Piensan que conocer economía o geografía está prácticamente demás. Ya recibieron una revelación que les ha indicado el camino. Piensan que el perfeccionamiento de sus saberes es un desvío. Ocurre con ellos lo mismo que con aquel grupo de Cromañones que imaginó una utopía para todo el resto de historia de la humanidad, cuya base consistía en la equitativa repartición de los productos que entregaban las presas recién cazadas por el clan.

Mucho intelectual se gasta en el bullicio mediático, abusa de lo altisonante para producir impacto no pensamiento, renuncia a la labor magisterial para asumir la del predicador sectario.

Por cierto la intelectualidad debe hacerse presente en la esfera pública, ser capaz de incidir en la esfera pública, pero para subir el nivel no para rebajarlo. Las palabras: pocas y doctas. Por la densidad cultural y contra el facilismo. Debe destacarse lo que hizo Joaquín García Monge desde Costa Rica, sostener una revista a pulso, por casi 40 años y logrando que múltiples personalidades contribuyeran. Conformando una de las redes más importantes de la historia intelectual latinoamericana: densa, respetuosa, solidaria. Eso es hacer densidad cultural. (Véase [www.encuentrointelectuallatinoamericano.org](http://www.encuentrointelectuallatinoamericano.org)).

\* \* \*

La inmensa proliferación de universidades como de instituciones de educación superior en general revela, en América Latina, la creciente importancia atribuida al conocimiento para las personas como individuos y para las sociedades. Esto es muy positivo y debería incrementarse más. El crecimiento de la población que ha pasado por las universidades debería ejercer el efecto de demostración sobre el resto en diversos aspectos, siendo el más englobante el de la cultura de la calidad.

Sin embargo, la historia y el presente de nuestras universidades se encuentran marcados por algunas tendencias que no van en favor de la cultura de la calidad. Ha habido una parte de la intelectualidad que ha mostrado niveles muy bajos de confianza en el conocimiento y que ha imaginado las instituciones de educación superior como medio para alcanzar otros fines: adquirir poder, mejorar su situación económica y su ubicación social, hacer proselitismo religioso o ideológico, entre otros. Muchas de estas personas, incluso con fines altruistas, han considerado que la universidad tiene poco y nada que aportar en tanto que tal. Que el saber alcanzado y enseñado allí es completamente irrelevante, en relación a otros objetivos. Por cierto igualmente han existido camarillas nada altruistas que han entrado a saco en las universidades, subiéndose los sueldos, repartiéndose los puestos, atribuyéndose prebendas y desmontando los sistemas de evaluación y meritocracia, que consideran enemigos de su enquistamiento. Lo que ha ocurrido en grande, tantas veces en los estados latinoamericanos, ha ocurrido a nivel de pacotilla con algunas universidades. En esos lugares, los académicos están en lucha permanente por el poder y no por el crecimiento intelectual. Normalmente éstas son las de menor calidad o las que van paulatinamente decayendo. Obviamente esta corrupción no ha ocurrido solamente en nuestra región, pero debe tenerse en cuenta que el desprecio del conocimiento y la instrumentalización

ha sido muy importante, pues universidades que llevan siglos de vida nunca han estado entre las mejores del mundo.

Lo mas importante no es que la universidad sea pública o privada, que sea o no confesional, que sea laica o religiosa, que sea autónoma o no. Lo importante es que sea buena. Observación muy ingenua, pensarán algunos. Pero, no lo es tanto. Recuerden que ha habido públicas y privadas buenas y malas; confesionales y no confesionales buenas y malas; privadas confesionales y públicas confesionales buenas y malas. Ni lo público, ni lo confesional, ni lo laico son condiciones necesarias ni suficientes para la calidad, sino la honestidad intelectual de subir cotidianamente el nivel. Creo, sin embargo, que la libertad, las condiciones económicas dignas, la independencia intelectual y la apertura plural a las ideas, son obviamente cosas deseables, con valor intrínseco, y que a la larga se revierten sobre la calidad.

\* \* \*

Confiabilidad quiere decir capacidad de convencer a los demás de ser capaces de hacer algo de valor, de respetar la palabra, de ser creíbles. La confiabilidad no es una capacidad de intelectuales propiamente pero en este caso debe serlo. El aleph del conocimiento: una ciencia y una tecnología al servicio de la sociedad y una capacidad de liderar causas de bien público y de paz internacional. Una intelectualidad que no produce inventos ni descubrimientos ni educación de calidad, unas fuerzas armadas que masacran a su población o unas iglesias con ministros pedófilos y que explotan a sus feligreses no son confiables.

Podría decirse que el problema de la decadencia latinoamericana es un problema político y sería verdadero. Podría igualmente decirse que es un problema económico y también sería verdadero, o educacional, o tecnológico, o internacional, o de capital humano y etc. Sin duda todos los factores están comprometidos en esa decadencia, pero debe haber algo que los relaciona y articula. A mi juicio, el elemento articulador es el hacer mal las cosas, el abaratamiento. América latina se ha abaratado queriendo pasarse de astuta, nuestra intelectualidad ha sido cómplice de este abaratamiento. O nos hemos habituado y ya somos incapaces de advertir la cultura de utilería.

Confianza no quiere decir “fe”, ni ilusión ni menos esquizofrenia. Un latinoamericano en los años 1940s refiriéndose a su país decía: “Cierto que este es un país atrasado, pero más bien que pobre es empobrecido. Reúne todas las condiciones para mejorar de destino. Lejos de ser una tierra imposible, es una magnífica posibilidad”. No he querido mencionar ni al autor ni al

país para no desprestigiarlos. ¿Creía ese autor que bastaba con tener buen clima o buena tierra? Si estaban dadas todas las condiciones, no nos queda más que pensar que algún dios muy maligno decidió castigar a ese país todavía por mucho tiempo. Deberé decir que ese país, tantas décadas después, está igual o peor en relación a los demás.

El principal rol del intelectual es pensar bien, allí se realiza prioritariamente su servicio a la sociedad y pensar bien es en primer lugar realizar una tarea académica de mejor calidad. Para que esto sea posible deben mejorarse currículos, instalaciones, bibliotecas, financiamientos, todo, todo. Pero pienso que alimentando todo esto debe estar la convicción de la importancia y la posibilidad real de pensar mejor. Creo que es clave superar la visión conservadora y conformista que nos tienta con la apariencia por sobre el ejercicio de nuestras capacidades.

## **CARTA 13 Sobre una democracia para superar el estancamiento y la decadencia**

Dichosas y dichosos quienes vivieron (y sobrevivieron) a los 1960s. Ésta fue probablemente la década más fulgurante de la historia de la humanidad. Es cierto que la historia de la humanidad, en tanto que “historia de la humanidad”, es muy breve y data apenas desde 1885 con el Congreso de Berlín en que las potencias europeas se repartieron África. El reparto de África es el comienzo de la historia mundial. Antes había pueblos que no se reconocían entre sí y que llevaban historias particulares. La historia de la humanidad comienza con la última expansión del colonialismo. También la historia de la humanidad nace con su “pecado original”.

Quienes fueron arrasados por la historia, seguro que habrían preferido que la historia se los hubiera saltado, para poder ellos gozar de los más modestos 1970s, 80s y demás. Ya sabemos, sin embargo, que la historia no tiene desperdicio y castiga con mayor o menor intensidad a todos sus hijos. Ya estamos lejos de los 1960s pero muchos se sorprenden haciendo sahumerios para conjurarlos de algún modo.

Javier Pinedo ha demostrado algo muy importante: en los años 1960s en Chile ninguna de las tendencias de pensamiento exaltaba la democracia y más aun varias sospechaban, la despreciaban o le temían.

Dos desafíos: uno referido en forma genérica a la cuestión de cómo los latinoamericanos pueden pensar mejor; otro específico, referido a la cuestión de las maneras de pensar la democracia.

Para pensar la democracia en relación con la cultura de la academia creo que es necesario comenzar por señalar una obviedad, olvidada por muchos: la democracia es un asunto de vida y no sólo de ideas, la democracia se enseña practicándola y no sólo predicándola o pensándola, los intelectuales-docentes no sólo deben pensar bien sino actuar correctamente, pues son formadores.

Dicho esto, creo que para enfrentar la relación democracia-decadencia, en los últimos tiempos, los que más se han acercado son quienes han pensado desde el PNUD. Cuestiones como confianza y capital social, son fundamentales para pensar una democracia que remonte la pendiente del desarrollo humano (o progreso, o bienestar, o calidad de vida) latinoamericana. Un tipo de democracia que se conecte con la reforma intelectual y moral.

A mí juicio el PNUD ha pensado algo “paternalmente”, y no quiero descalificarlo como paternalista, la manera de incorporar a la democracia a los sin voz, a los pobres, a los marginados, ocupándose poco, sin embargo de quienes manejan las mayores cuotas de poder. Son éstos quienes han puesto más en peligro la democracia en los últimos lustros por la corrupción y la burla de la ley, es decir, por pretender que cada uno puede saltarse las reglas del juego. Esto ha debilitado una vez más la confianza recíproca necesaria para que funcione la política y la economía y clave para que cada uno respete la ley. No puedo respetarla si pienso que la mayoría no la va a respetar.

Creo que es clave pensar en crear una cultura democrática para las masas así como pensar las condiciones para que estas masas accedan a la democracia con sus diversas dimensiones, las gocen y sean partícipes cabales de la polis. Y esto es algo que en numerosos lugares de América Latina todavía está por conseguirse. Pero hoy me parece más urgente pensar las formas en que políticos, empresarios, burócratas, y en general los grupos de elit: dirigencias sindicales, estudiantiles, gremiales, etc. generen niveles de confianza, de credibilidad, de sentido ciudadano que les lleve a asumir comportamientos éticos en y respecto a su polis.

Toda renovación, toda innovación, toda reforma, todo mejoramiento social supone que quienes lo emprendan se consideren por debajo de la ley y no por encima de ésta. Si la decadencia de América Latina proviene en buena medida de la incapacidad para concertarse por la desconfianza generalizada, crear confianza es clave para remontar la pendiente. La creación de confianza como tarea de la democracia es también clave para crear confianza en el espacio económico. Considerarse por debajo de la ley, además, es un buen punto de partida para cambiar las leyes y hacerlas más justas.

El pensamiento politológico latinoamericano tiene pendiente abocarse a pensar la forma de implementar una democracia que, permitiendo la confianza, facilite el trabajo conjunto; una democracia que no inhiba o coarte al ciudadano sino que potencie sus capacidades para vivir mejor: para mejorar su educación, su salud, su entorno, sus condiciones laborales, su calidad de

vida en general; una democracia que no apequene al ciudadano sino que lo incentive a trascender el aparato del estado e incluso el Estado-nación. En otras palabras una democracia que libere las fuerzas productivas humanas.

El segundo desafío y más amplio, se refiere a la posibilidad de pensar mejor a Nuestra América. Se trata de pensar y mejorar la democracia, se trata de proponerles a los intelectuales-docentes y estudiantes que se ocupan de Latinoamérica la cuestión de la democracia en el marco de una realidad mucho más amplia que la sola dimensión política, pero sin escamotear, en ningún sentido, la importancia de la democracia política.

Una democracia que permita la justicia y la confianza de las personas en las instituciones es clave para construir desarrollo. Una democracia particularmente cuidadosa de evitar la corrupción.

El desafío de pensar mejor Nuestra América trasciende con mucho aquello de pensar bien la democracia. Pensar mejor es nuestro principal deber ético, la ética intelectual es el deber de pensar mejor. La principal militancia es con el bienpensar, es allí donde servimos a nuestro pueblo. Esto quiere decir que va siendo hora de una nueva reforma universitaria, reforma o revolución contra el feudalismo de la academia, contra las cátedras en propiedad de quienes no trabajan sino que establecen relaciones de vasallaje con siervos complacientes. Contra el feudalismo y el coronelismo de pequeñas parcialidades, donde gran parte del tiempo se va en defender el territorio y no en hacer ciencia. Donde los combates entre paradigmas ocultan la ambición por quitarle el puesto o el podercillo al otro. Nueva reforma que abra espacios, que mejore la gestión estudiantil limpiándola de parásitos de la administración, enquistados en los centros de alumnos. Quiero una militancia estudiantil que reclame al profesorado el cumplimiento de sus obligaciones docentes y que reclame a las autoridades sobre la calidad de las bibliotecas y demás servicios. Quiero una militancia con la transparencia y no con la razón-de-Estado. Pido honestidad en las elecciones universitarias y decisión contra las maniobras de manipulación. Que no se haga esperar demasiado una nueva irrupción juvenil.

Hubo hace algunas décadas quienes creyeron que debían abandonar la academia para militar difundiendo el ideario cristiano o neoliberal. Por cierto están en su derecho, pero la academia no puede imaginar la ética localizada únicamente fuera de la academia. La ética se realiza en la actividad académica y universitaria misma, pensando mejor. Pensando mejor en el

sentido más práctico como enfermera y como contador, pero también como filósofo y como economista, como matemático y como jurista, como historiador y estudioso de la cultura.

Pensar mejor es por cierto pensar con la lógica, pero es también proceder con método, es igualmente operar con la crítica intelectual, es también pensar con radicalidad, es pensar a partir de buena información, es igualmente pensar con inventiva.

Si la decadencia de América Latina viene en parte de una intelectualidad entregada a la moda, a la apariencia, a la frivolidad sin compromiso con la auténtica búsqueda de la verdad, del comprender y transformar la realidad, entonces la cuestión de la calidad es clave y la calidad sistemática en la producción de conocimiento es igual a densidad.

## **CARTA 14 Sobre el pacto entre la intelectualidad y la sociedad**

Si el conocimiento es la clave del avance de las sociedades contemporáneas y si la intelectualidad es la que mejor maneja el conocimiento, puede (debe) asumir la necesidad de un diálogo con el resto de la sociedad para transmitir esta idea, dicho en otras palabras proponerse establecer un pacto con la sociedad que permita el avance y aprovechamiento del conocimiento en beneficio de todas las personas.

El pacto consistiría en que la sociedad acepte aumentar los recursos para el conocimiento (restándolos de otros presupuestos, debido a que contrariamente a lo que creen algunos, éstos no son infinitos) en la medida que pueda controlar el uso adecuado de tales recursos y verificar el cumplimiento de los objetivos prometidos. Para ello es clave una intelectualidad concertada y responsable y una sociedad respetuosa de la democracia y de la estabilidad política. Pero ya se ha dicho antes que la academia latinoamericana no tiene suficientes resultados que exhibir para convencer al resto de la población. Nuestra intelectualidad suena a irresponsable, a no comprometida con lo que la gente querría obtener de los profesionales. La intelectualidad debe ser asociada con la innovación y la renovación y no con el conservadorismo y los intereses creados de gremios mamócratas.

Una intelectualidad irresponsable es, por ejemplo, una comunidad de psicólogos y psiquiatras ocupados de analizar los complejos edípicos o electrales de su clientela pero de espaldas a un pueblo que se va vendiendo a la corrupción, perdiendo la confianza, sumiéndose en la sinvergüenza, faltándose el respeto a sí mismo y de espaldas a los criterios de la convivencia. Me hace imaginar esas bandadas de pajarillos que, subidos sobre los espinazos de los grandes mamíferos, se especializan en mantener abiertas las llagas para poder absorberles la sangre. Es igualmente irresponsable una comunidad de poetas cantando a los cisnes o a las causas sociales pero incapaces de concertarse para una campaña de alfabetización para sus pueblos iletrados que no pueden leer una receta médica o un cuento para sus hijos.

Una tarea clave del amplio progresismo latinoamericano es la innovación, tanto como cuidarse del conservadorismo de los intereses creados, de los privilegios y la corrupción. Progresismo es luchar por la justicia y contra la corrupción. Progresismo es, a comienzos del

siglo XXI, en América Latina, una militancia a favor de la ética, de la honestidad y de la transparencia, porque la honestidad y la transparencia son además básicas para la democracia y la equidad. El progresismo en una lucha contra nuestra decadencia. La corrupción es la decadencia de América Latina. Una de las fortalezas de nuestra intelectualidad es estar muy poco asociada con la corrupción. Su fortaleza debe servirle para articularse a otros sectores que se han manchado poco con esta lacra y que se interesan en erradicarla: sindicatos, cuadros técnicos y profesionales, iglesias. No es sin embargo la cruzada de los puros contra el pecado. En Latinoamérica no hay puros y en todo caso nuestra intelectualidad no puede tirar primeras piedras, pero puede emprender una reforma que comience por si misma. La reforma de la intelectualidad lógicamente debe venir, en primer lugar, de quienes son jóvenes y no detentan posiciones de poder, pues ya se conocen los peligros del poder.

\* \* \*

Se ha dicho que, dentro de lo posible, deben coexistir tres niveles de actividad científico-tecnológica para que esto se revierta sobre la población: la ciencia básica tipo Niels Bohr, la ciencia guiada por un propósito pero que a la vez explora cuestiones fundamentales, tipo Louis Pasteur y el trabajo tipo Thomas Edison, que toma el conocimiento existente y lo transforma en algo comercial (J.J. Brunner, citando a R. Nelson y a P. Romer). Esto tiene que ver con la planificación y con la industria y por ello con la concertación entre los sectores sociales envueltos.

La comunicación con otros agentes: profesores primarios y secundarios y el amplio mundo docente, que va desde quienes enseñan a conducir vehículos hasta quienes son profesores de canto clásico o relajación corporal, funcionarios públicos, empresarios, colegios de técnicos y profesionales, agrupaciones de consumidores, ONGs, organizaciones laborales y gremiales, fuerzas armadas, iglesias, es imprescindible para el pacto entre intelectualidad y sociedad. Comunicación para obtener confianza. Se ha escrito antes sobre el ejercicio de la crítica, de la autocrítica y de la necesaria cultura de la calidad y la honestidad. El ejercicio de la crítica empieza por si mismo, por la autocrítica, la cultura de la calidad empieza bien-haciendo las cosas uno mismo, ahora ya. En la creación de confianza la clave no son las campañas mediáticas para un mundo de tontos, como tratan de hacernos creer sistemáticamente quienes se ganan la vida con ellas, sino siendo confiables, es decir, cumpliendo lo prometido y haciendo las cosas bien. Sobre esta base, las campañas mediáticas pueden ayudar.

Los sectores más distantes son intelectualidad y fuerzas armadas. Allí, como en ningún otro espacio, debe ganarse la confianza. La confianza es para que las fuerzas armadas acepten reducir sus presupuestos y destinarlos a la educación, que es desarrollo y calidad de vida. Para esto debemos mostrarles que no vamos a organizar grupos que las llevarán al paredón. La mediación de la política y las iglesias son decisivas en estos acuerdos, más tácitos que explícitos.

Ahora bien, no se trata sin embargo solamente de concertarse, sino de quien es capaz de liderizar dicho proceso de concertación. ¿Quién puede asumir mejor la visión del conjunto? Supuestamente sería la política quien debería rayar una cancha para la concertación. Ello casi no ha ocurrido en América Latina. Tendrá la intelectualidad una capacidad que la política no ha mostrado. Ésta es una de las primeras tareas prácticas para una Internacional del Conocimiento. La Internacional del Conocimiento es clave para el pacto entre intelectualidad y sociedad pues se requiere de una organización que sea capaz de dar confianza a los demás agentes sociales, garantizando el cumplimiento de objetivos deseados por la sociedad: beneficios para la gente, evaluaciones transparentes, perfeccionamiento constante, gasto del presupuesto según acuerdos estipulados. En este sentido se requiere la realización de numerosos planes piloto que permitan probar las iniciativas.

La intelectualidad puede cohesionar mejor que otros agentes una sociedad carente de liderazgo en muchos países donde no hay una institucionalidad ni partidos políticos sólidos, históricos, respetados.

\* \* \*

La deficiencia en el pacto intelectualidad-sociedad debe entenderse en el marco del conjunto de deficiencias y falencias que se han ido señalando, de las cuales es consecuencia y causa, en este círculo viciosos de nuestro estancamiento. Cuestiones como la cultura del facilismo, el pacto de la mediocridad, la falta de sentido ético, el magro financiamiento para el quehacer intelectual de la academia, el conservadorismo, la incapacidad para la innovación, la falta de compromiso con la calidad, los bajos salarios, la ausencia de políticas de largo aliento y sostenidas, la cultura de utilería, el poco aprecio por la tarea científico-intelectual y menos aprecio por la tecnológica, la corrupción, el pobre interés de la empresa y las fuerzas armadas por el conocimiento, la despreocupación por la tecnología, el cortoplacismo, la ética puesta fuera parquedad de los incentivos económicos y de reconocimiento para la práctica del conocimiento, la falta de confianza en la propia capacidad y en la los otros agentes, un movimiento estudiantil

despreocupado de las bibliotecas, los laboratorios y las condiciones de excelencia, la fuga de cerebros, la educación de baja calidad, la poca importancia de los postgrados, los bajos niveles de transparencia, las deficiencias en la evaluación y en la acreditación, los problemas de gestión,, la incapacidad para asumir las propias deficiencias y la manía por trasladar la culpa a otros, la deficiencia de imaginación y pensamiento radical, la poca densidad cultural, la falta de coordinación entre instituciones dedicadas al conocimiento y la pequeñez de muchas comunidades intelectuales son algunos de los componentes del problema.

Puestas así las cosas, me parece, que habrá bastante acuerdo. Menos acuerdo habrá, sin embargo, al jerarquizarlas y al proponer las soluciones. Una vez más, insisto en que deben atacarse todas para romper el círculo vicioso, pero pienso que la apuesta a la calidad-honestidad, como decisión ético-cultural es la clave, unida por cierto a políticas que lo permitan, faciliten y sostengan. Se objetará el carácter “voluntarista” de las propuestas. Así es y quiero recordar que Singapur y Corea tenían hace décadas menos “condiciones objetivas” que Latinoamérica en la actualidad, en incluso que Latinoamérica en esa época, y fueron capaces de dar un salto en actividad intelectual, educacional y científico-tecnológica y, por cierto, en desarrollo y calidad de vida.

## **CARTA 15 Sobre la concertación de las universidades a nivel latinoamericano y mas allá**

La alianza y colaboración entre quienes buscan explicaciones y no justificaciones tanto como entre quienes están dispuest@s a elaborar fórmulas de solución que se asienten sobre las posibilidades de la región deben tener en cuenta los presupuestos de miles y miles de millones de dólares que posee el conjunto de las instituciones académicas de América Latina y el Caribe. Este presupuesto, con altas posibilidades de manejo autónomo respecto de los gobiernos y equivalente, aproximadamente, al de buena parte de los estados-nación de la región, debe ser la base de políticas de aumento y aprovechamiento del conocimiento.

Para pensar la colaboración intelectual interuniversitaria, interinstitucional e internacional, es decisivo que el mundo académico asuma que los estados y las instituciones no pueden relacionarse y actuar con criterios idénticos ni muy similares a los individuos. Debemos legitimar ante nuestros estados la colaboración en el plano del conocimiento, pero no podemos suponer que van a emprender medidas impopulares, por altruistas que sean, contra sus votantes. Si el medio académico no se ha ganado la legitimidad ante la población, difícilmente puede presionar a los estados. Mucho menos podemos esperar que nuestros estados actúen con un criterio integracionista, pasando por encima de los intereses de trabajadores, productores y exportadores. El consenso integracionista es de muy largo aliento y nuestros políticos han demostrado baja capacidad para generar concertación hacia el interior y menos todavía hacia el exterior.

Frecuentemente los universitarios e intelectuales quedan defraudados de las acciones de sus Estados, pues esperan actitudes heroicas, imaginando que quienes gobiernan deberían guiarse en los asuntos públicos e internacionales como si fueran personas privadas, y entonces extrapolan conceptos desde la existencia de los individuos hacia la de los estados, imaginando que ambos pueden regirse con los mismos criterios y ello obviamente no es así, aunque en algunos casos pueda serlo y puedan encontrarse algunas (pero sólo algunas) analogías. Baste un

ejemplo de las diferencias: Para los individuos una de las cosas más importantes, sino la más, es amar y ser amados. Pretender elevar este principio como básico para los estados sería ridículo, sería una extrapolación muy inadecuada del idioma y profundamente tergiversadora del carácter de los estados. Los gobernantes que confunden niveles frecuentemente llevan a sus estados a callejones sin salida. Más aún en el caso de nuestros pequeños estados que no deben intentar actos de heroísmo, generosidad, amor, quijotismo, sacrificio, entrega, pasión, enamoramiento...y otras conductas que académicas y académicos desean realizar en sus vidas privadas. Nuestros pequeños y débiles estados (pequeños por su débil poder y no tanto por sus territorios) en coherencia con su condición deben actuar en tanto que tales y no dar motivos que les aislen, castiguen u otras consecuencias que únicamente pueden traer el hambre de los mas pobres, pues los menos pobres siempre saben como salvar la situación, en el peor de los casos yéndose a vivir al país agresor. Es clave para los países débiles una cuestión como la respetabilidad: respetar acuerdos, ser confiable, cuidar la propia imagen y no hacer el ridículo frente al mundo. La respetabilidad alude igualmente al respeto de los derechos humanos, tanto como a no ser identificado con la corrupción, el terrorismo y el tráfico. Un país débil debe esmerarse más bien en pasar desapercibido, teniendo buenas relaciones con todos, sin provocar a los fuertes y cultivando la amistad con los pequeños. Tener la propia seguridad como clave es también un elemento decisivo, cuidando grados razonables de independencia como de colaboración. Apoyar las grandes causas éticas de la humanidad es otro criterio, aunque sin pretender liderazgos ni quijoterías.

Para nuestros estados la colaboración intelectual, científico-tecnológica o interuniversitaria siempre ha sido algo marginal. La colaboración o el intercambio cultural lo han concebido más bien como la promoción de giras artísticas; las agregadurías culturales raras veces han sido profesionalizadas, utilizándose como manera de premiar artistas proclives al gobierno. Sin duda los agregados culturales no han sido pensados como profesionales del fomento y la colaboración intelectual y científico-tecnológica. Nuestras embajadas deberían tener junto a un agregado cultural (artes) uno de conocimiento, que se ocupara del quehacer universitario, de la ciencia y la tecnología. La cultura en América Latina se ha concebido muchas veces como quehacer artístico solamente. Debemos darle a nuestra diplomacia la capacitación para ocuparse del conocimiento y gestionarlo a nivel global.

\* \* \*

Si lo que he afirmado es más o menos verdadero, entonces la intelectualidad debe asumir el principio de subsidiariedad al revés: hacer aquello que los estados no han sido capaces. Aquí la creación de redes intelectuales, capaces de generar confianza en el largo plazo, es decisiva. Por cierto, este papel lo ha tomado en sus manos, aunque con poca convicción, la intelectualidad y el funcionariado de las instituciones universitarias y de investigación, con resultados formales abundantes y reales muy escasos. La cantidad de convenios firmados debe ser mayor en cantidad diez a uno en relación a los operativos. Por eso la noción de “colaboración intelectual latinoamericana” es mas funcional (en este caso, no en otros) que la de “integración o unión continental”, que ha sido creada para los estados.

Más ampliamente, insisto en la necesidad de elaborar una conceptualización que potencie el bienhacer de la intelectualidad. “Redes intelectuales”, “corredores de las ideas”, “sociedad civil intelectual”, “comunidad de los productores del conocimiento”, y “desarrollo de las fuerzas productivas intelectuales”, entre muchos otros, nos ayudan a pensar y a llevar a cabo una estrategia para la intelectualidad, para universitarios y maestros como agentes sociales, y a asumir su razonable protagonismo en aquellos niveles que pueden y deben hacerlo, para la conducción y transformación de la realidad. Y todo esto tiene que ver fundamentalmente con la capacidad para gestionar el aumento, la transmisión, la legitimación y la utilización del conocimiento.

La concertación intelectual es para aprovechar mejor nuestros escasos recursos humanos y materiales; es para avanzar en la constitución de un espacio cultural común que nos permita pensar más en grande, liberándonos del ahogante paradigma nacional o provincial; es para aumentar la densidad cultural; es para poner en contacto a especialistas que se van a sinergizar y todo ello debe ser realizado sobre la base de programas evaluables. El “paradigma nacional” operante en las ciencias económico-sociales, las humanidades y la política, recorta la realidad con el criterio del estado-nación. Esta manera de ver las cosas, que sin duda ha significado aportes, se ha transformado en parceladora y en inhibitoria muchas veces. Particularmente cuando permite justificar la pereza mental de quien no quiere trabajar teniendo que leer cosas nuevas, que le obliguen a traspasar fronteras e imaginar nuevas formas de interpretación de los fenómenos. Este es el caso del aldeano vanidoso.

Nuestra producción científica es baja, se ha dicho y se ha repetido, es apenas del orden del 3% mundial siendo nuestra población del 8%. Nuestra producción tecnológica no puede, sin

embargo calificarse de “baja” sino de “ridícula”, ni un 0,1% de la producción mundial. Convertir nuestra baja, pero no ridícula, capacidad científica en capacidad tecnológica es decisivo. Nuestra capacitación científica es suficiente para generar un crecimiento inmenso (ya que partimos casi desde cero) en producción tecnológica pero no ocurre lo mismo con nuestra cultura académica, con la industria y con la institucionalidad política.

En la necesidad de asumir la “subsidiariedad al revés”, las universidades que se sientan convocadas por una dimensión regional latinoamericana, deben asumir su tarea de excelencia, de transparencia y de compromiso con la sociedad apuntando principalmente a las siguientes funciones (obviamente sin que ello signifique olvidar las tradicionales de docencia, investigación y extensión):

- Confeción de una agenda regional;

- Trabajo en pro de la constitución de un espacio intelectual regional latinoamericano (que debe estar marcado por sistemas de acreditación y medición de la producción, por premios y distinciones, por la creación de postgrados regionales de óptimo nivel, por la programación de sistemas de circulación de docentes de alto nivel acreditados regionalmente, por la creación de equipos regionales de investigación, entre otros aspectos);

- Establecimiento amplio de contactos y convenios con instituciones académicas no-universitarias (redes, asociaciones, academias, sociedades científicas, ONGs de docencia e investigación; aparatos estatales de investigación, organismos regionales e internacionales dedicados a la investigación) que permitan realizar una cobertura y una coordinación mas eficiente de la actividad intelectual de nuestra región.

## **CARTA 16 Sobre la baja producción de tecnología y la reforma de la cultura académica**

La producción de ciencia aplicada o tecnología en América Latina es risible o patética. Incluso más, la relación entre ciencia básica o pura y aplicada es también risible o patética. La cantidad de patentes solicitadas y obtenidas en relación a la cantidad de artículos indexados, es notoriamente menor que en países industrializados y particularmente en países de industrialización reciente y con producción de artículos en revistas indexadas similar a la nuestra. Aproximadamente, Argentina produce, por millón de habitantes, unos 75 artículos indexados por año, Brasil unos 35, Chile unos 100, México unos 35 y Corea del Sur unos 120. La cantidad de Corea es claramente mayor que el promedio latinoamericano, pero es de un orden similar. Las cantidades de patentes concedidas, en cambio son de órdenes muy diferentes: Argentina alrededor de 8 (ocho) por cada millón de habitantes al año, Brasil 2, Chile no llega a 1 y México 1, en tanto que a Corea se le conceden alrededor de 800 (ochocientas) al año por cada millón de habitantes. Esta diferencia sideral indica algo muy importante: la relación entre la cantidad de artículos indexados y la cantidad de patentes entre Corea y América Latina es de 100 a 1, o algo así. Esta relación tan mala entre producción científica, ya bajísima, y producción tecnológica casi nula, no puede sino explicarse por una cuestión cultural, que además contribuye a explicar las faltas de financiamiento, legislación, institucionalidad, la poca capacidad industrial, etc. Paralelamente, la cantidad de Ph. D. en ciencia y tecnología que se gradúan en Corea, por cada millón de habitantes al año, es del orden de 50 y en América Latina es del orden de 5, la décima parte (National Science Board, 2000). De esto, por cierto, no puede culparse al Estado ni a la industria en primer lugar, sino a una universidad, que goza de casi total autonomía para crear nuevos programas, y a una clase intelectual perezosa, poco imaginativa y no comprometida, sino verbalmente, con su gente. Si en Latinoamérica existen alrededor de mil universidades (incluyendo las múltiples sedes que poseen algunas), tómesese en cuenta lo que pueden representar al año unos 2500 doctores, los que podemos doblar si consideramos que quizás fuera de nuestra región se gradúen tantos como al interior, es decir 5000, doctores. Cinco profesores al año para

cada universidad y si así fuera, ninguno para instituciones de investigación o enseñanza extra universitaria.

El ensayo latinoamericano viene ocupándose, ya desde el siglo XIX, de las razones del tipo de cultura en el cual nos hemos desenvuelto y que hemos producido. Ésta ha sido comparada muy frecuentemente con la de América Sajona, en ocasiones lamentando nuestra diferencia, en otras regocijándose. Características como la falta de espíritu práctico, incapacidad comercial deficiencia en cuestiones técnicas, etc., muchas veces fueron asociadas a la herencia cultural ibera, aun cuando españoles y portugueses tuvieron índices claramente superiores a los nuestros en producción científica y tecnológica.

Sin duda este asunto viene a encontrarse con aquel de la “diferencia” de América Latina, de sus posibilidades, capacidades y aquello de la búsqueda de un modelo propio de existencia individual y social. Por cierto, para que esta reflexión no se realice en el vacío debe conectarse con el problema del bienestar y la miseria de la población, con el poder y la subordinación a los fuertes, y con la seguridad y la vulnerabilidad. Sería absurdo discutirla solamente como una cuestión de gustos o maneras de ser, argumentando simplemente que nosotros gustamos de vestir así y ellos así.

El asunto de la diferencia puede ser tratado desde puntos de vista diversos: ética, humanismo, poder, feminismo, etc. En este caso, interesa aquello que afecta a la intelectualidad, a la producción de ciencia, tecnología y bienestar y justicia para la población.

Por cierto, nadie pensaría, que la propia ciencia producida en Singapur o Corea sea lo único que ha permitido que esos países pasen de tener en 1960 una situación económico social parecida a la de Bolivia a superarla en alrededor de 10 veces (no en un 10% sino en 10 veces) hacia el 2000. Difícil sería, por otra parte, desligar la ciencia y la tecnología del crecimiento y de los niveles de desarrollo humano de esos países. La relación entre producción científica y tecnológica, crecimiento económico, y desarrollo humano es algo consensual, aunque no lo sean los grados de incidencia.

Se ha dicho y re-dicho que deben tomarse medidas: que el Estado debe aprobar fondos para el desarrollo tecnológico, que el empresariado debe fomentar la investigación para la innovación y que por ello debe contribuir en la inversión como lo hacen las empresas de los países que van a la vanguardia, que las universidades deben fomentar carreras y fondos concursables para las tecnologías, que debe desarrollarse una cultura de la invención, que los

diversos agentes deben concertarse en vistas a estos objetivos e incluso se ha dicho que hay que combatir el anti-tecnicismo de nuestra cultura.

El leit-motiv de estas cartas es que la intelectualidad asuma su responsabilidad respecto de la producción y difusión del conocimiento así como su liderazgo en el mejoramiento de Latinoamérica. Sin duda, la cuestión técnica no se agota en las maquinas, existe un conocimiento aplicado en numerosas disciplinas y una de ellas es la educación. Nuestra educación y capacitación de baja calidad es una muestra igualmente del mal uso de técnicas y tecnologías para mejorar el nivel de nuestra población. Esta es una de las manifestaciones que reflejan más claramente las deficiencias de nuestra intelectualidad, en tanto docente y productora de docentes. Reformar esta cultura es algo imprescindible, yendo a las condiciones necesarias y a las suficientes. Para ello quiero señalarse 4 cosas:

1-Insistir en el pacto entre intelectualidad y sociedad. El Estado y otras instituciones deben fijar fondos concursables que financien proyectos que incidan en la producción de técnicas y tecnologías que favorezcan el desarrollo económico, el desarrollo humano y la calidad de vida. La intelectualidad recibirá mayores financiamientos si es capaz de mostrar, a través de instrumentos validados, que ha producido los impactos deseados. Aquella que no lo demuestre verá reducidos sus presupuestos. Aquí es clave el compromiso ético y la transparencia, pues nuestra intelectualidad se verá tentada a buscar resquicios, a irse a la letra más que al espíritu del programa.

2-Resaltar la necesidad de una reforma en la cultura académica, tomando en parte el ejemplo de los métodos que se han empleado para reformar nuestra cultura política. En las últimas décadas, se ha desarrollado un plan inmenso para fomentar la participación, las redes sociales, el incremento del capital social, la confianza, etc. Es importante señalar que en la academia existen formas de comportamiento parecidas a una cultura poco democrática y, abusando un poco de los conceptos, se advierte la presencia de caudillismo, coronelismo, feudos, vasallaje e incluso servilismo. Mi propuesta es imaginar algo parecido a los programas de trabajo con la cultura política para transformar la cultura académica, de modo que pueda contribuir mejor al bienestar de nuestra población.

3-Por cierto, la potenciación de la cuestión tecnológica es inseparable de formas de concertación entre la intelectualidad, la política, el funcionariado público nacional (e internacional, en el caso de los países pobres), la empresa y las fuerzas armadas. La intelectualidad ha dado en América

Latina muestras de saber concertarse con la clase política, pero ha sido incapaz, salvo excepciones, de hacerlo con los funcionarios, los líderes de las empresas públicas o privadas y los cuerpos armados.

4-Estar conscientes que no todas las sociedades han seguido exactamente los mismos caminos hacia el mejoramiento de las condiciones de vida. Existen cuestiones básicas e irrenunciables: la búsqueda de calidad, la responsabilidad, la precisión, etc. Pero habría que imaginar una producción técnica y tecnológica que aproveche nuestras capacidades culturales, en la medida de lo posible.

5-Destacar que es necesario producir ciencia y tecnología, aunque para nosotros es más importante saber comprarlas, adaptarlas, seleccionarlas, etc. Debemos fomentar esta capacidad de adquisición y adaptación a través de centros “traductores”. Esto es tanto más importante en la medida que el 97% de la ciencia y el 99.9% de la tecnología se producen fuera de la región.

## **CARTA 17 Sobre las justificaciones de nuestra inferioridad a partir de las “diferencias latinoamericanas”**

Es frecuente cuando se habla de cuestiones científico-tecnológicas, de objetivos del conocimiento, de desarrollo, de inserción en la globalización, de competitividad internacional, de ubicar nichos de mercado y otras cosas cercanas, que aparezca una interrogación, no siempre perezosa, que dice “Yo no se si Latinoamérica deba aspirar a ese tipo de objetivos, pues somos diferentes”.

Las sociedades y las culturas deben imaginar su futuro, imaginar objetivos, trazarse un camino, determinar valores prioritarios, etc. Y todo esto ojala en el mundo real y no en el aire. Uno de los criterios para hacer esto es que nunca debe aducirse el principio de la “diferencia” para justificar la inferioridad ni menos el hambre o la mortalidad infantil. Nunca sería legítimo decir: no vamos a practicar la democracia pues somos latinoamericanos, vamos a suprimir el derecho a expresión porque somos diferentes, vamos a permitir que nuestros niños se mueran porque eso está en nuestra identidad cultural. Esa aberración la intentó en Haití “Papa Doc”, argumentando que, si se tenía en cuenta la negritud, la democracia no era una reivindicación legítima de los haitianos, que esa institución era de europeos blancos. Esos son los “límites” de la diferencia: la reivindicación de la diferencia nunca debe servir para afirmar el hambre, la dictadura o la inferiorización de nuestros pueblos. Dicho todavía con más fuerza: el argumento de la diferencia no debe servir jamás para justificar nuestras incapacidades, frustraciones ni injusticias. A la inversa: cualquier argumentación de la diferencia debe ser una forma de superación, respecto de los estándares que se manejan mundialmente. Las disciplinas humanísticas y las ciencias sociales, por su parte, están permanentemente reivindicando especificidades respecto a las ciencias “duras”. Se argumenta que deben usarse criterios diferentes de evaluación, cosa es razonable en la medida que sirva para potenciarlas y no para abaratarlas, como parecieran querer muchas personas que esgrimen tales argumentos. Incluso más: debemos crear nuestros propios indicadores científico-tecnológicos, que permitan conocer y reconocer lo que se hace en nuestra región, utilizando criterios que revelen, que hagan aparente, una gran cantidad de conocimientos que otros indicadores, por las lentes utilizadas, no pueden

observar. Esto es fundamental tanto para respetar nuestras diferencias como para hacer justicia a nuestra creación cultural (Ver el programa REDALYC llevado a cabo en México precisamente con este objetivo, [www.redalyc.com](http://www.redalyc.com) ). Pero una vez más debe repetirse que estos indicadores “apropiados” tienen como límite la intención de no escamotear una verdad que captamos “intuitivamente”, más allá de toda discusión: los grandes inventos, descubrimientos y conocimientos de los últimos siglos no se han generado ni se están generando en América Latina. Una regla de oro debe ser: Ningún criterio es válido si sirve para justificar o aumentar nuestra inferioridad.

Por otra parte, cualquier lucha por la hegemonía en las maneras de entender o conducir los procesos mundiales (o la mundialización o la globalización) pasa por el hecho que quienes participan de una cultura sean capaces de hacerse oír a nivel mundial. La baja presencia de la cultura latinoamericana en los medios de comunicación mundial (recuérdese que en 2003 un 3% aproximadamente de los sites en Internet era en español o portugués) no hace imaginable que nuestras maneras de ver o de desear el mundo puedan ser suficientemente recibidas por el resto de la humanidad. Sin duda nuestra presencia cultural en el medio global es necesaria para hacer valer puntos de vista y así aspirar a un 8 o 10% de presencia (incluyendo en allí a España y Portugal, así como a los países africanos y asiáticos en que se emplean dichos idiomas) parece una reivindicación imprescindible.

\* \* \*

En este caso, una de nuestras “diferencias” más nítidas es haber hecho las cosas peor que otros y necesitar, por ello, medidas correctivas específicas. Mario Benedetti escribió un poema que ha sido muy citado contra las dictaduras, y con razón. En el poema una a una las personas iban abandonando el país hasta dejar solo al dictador. Puede citarse igualmente contra América Latina como conjunto, pues muchas van abandonando y abandonando sus lugares de origen, sin que allí imperen dictaduras de terror. Si hubiera fronteras abiertas de salida y, sobre todo, de entrada, varios de nuestros países quedarían prácticamente vacíos. No son los dictadores los únicos abandonados, también pueden serlo las democracias y los estados-nación incapaces de dar satisfacción a sus habitantes que renuncian a una ciudadanía insatisfactoria o vergonzante. El deseo de migrar es una de las mejores maneras de medir un sistema económico y político. Hay

personas que pretenden medir los sistemas a partir únicamente de valores abstractos, sin incluir este “voto” implícito de los habitantes por quedarse o mandarse cambiar.

Debe asumirse entonces que no es casualidad la existencia de dos cosas simultáneas: poca producción científica y nula producción tecnológica y bajos niveles de crecimiento y desarrollo humano. La bajísima producción tecnológica y por ello la bajísima incidencia de la ciencia producida en América Latina sobre el bienestar de la población debe ser asumida por la intelectualidad, tanto como medida de su incapacidad cuanto como desafío, pero obviamente de manera ni mecánica ni aislada. Esta deficiencia no puede imputarse únicamente a la intelectualidad sino que, como casi todo, tiene causas complejas que atraviesan a la sociedad como conjunto: clase política incapaz de pensar a largo plazo y de asumir grandes desafíos, empresariado pequeño, de cortas miras, desconfiado y con baja capacidad de innovación, familias que asocian el prestigio con carreras universitarias tradicionales donde la retórica y el vestuario es más importante que la imaginación; fuerzas armadas ocupadas de defender a los ricos y no la seguridad de sus pueblos, entre otras causas que cruzan de una punta a otra nuestras poco exitosas sociedades. Que esto no lleve a olvidar, por otra parte, que quienes tienen mayor formación intelectual deben ser los primeros responsables, ni que estas cartas están destinadas a la intelectualidad prioritariamente y no a otros gremios también responsables de todo lo que padecemos.

Por ello, y para decirlo al tenor de Rodó, una campaña de reforma intelectual y moral debe adecuarse a nuestras propias incapacidades, debe tener en cuenta la cantidad de gente que desea abandonar nuestra región y lo hace cotidianamente. La campaña contra el abaratamiento pasa por un examen de conciencia y por una decisión de ser mejores, de hacer las cosas mejor, que debe plasmarse en inversiones, leyes, acuerdos, instituciones y muchas cosas más, pero que no puede olvidar que la base es una concientización respecto de nuestra situación menoscabada e injusta. Por cierto, en el círculo vicioso de la decadencia o el estancamiento, las causas son múltiples, complejas e interconectadas y se van reforzando unas a otras. Ante ello no cabe sino ganarle una pequeña batalla a cada uno de los vicios, enfrentarlos todos simultáneamente para torcerles el cuello. Pero a la vez hay dos grandes tareas que articulan y dan sentido a todas las demás: la calidad y la honestidad. Estas son causas madres que inspiran todas las pequeñas tareas que permitirán superar cada vicio específico: falta de transparencia, amiguismo, facilismo,

caritativismo, falta de confianza, abaratamiento, frivolidad intelectual, cortoplacismo y cultura de utilería.

La identidad tiene que ver con la recuperación de toda la sabiduría y la tecnología apropiada, con la capacidad de generar criterios de desarrollo o de calidad de vida que tengan en cuenta valores o preferencias culturales, con la necesidad de ganar espacios en el supermercado cultural globalizado. La identidad debe realizarse en la calidad y no sólo en fiestas folclóricas, así como la modernidad no puede asimilarse a la cantidad de automóviles, teléfonos celulares o computadores.

No faltará la crítica fácil que pretenda interpelarme: ¿Quieres transformarte y transformarnos en coreanos? No deseo hacerlo, porque como chileno privilegiado vivo razonablemente bien, como un cubano, un mexicano o un coreano privilegiados. Ese no es el punto. Mi punto es si en Corea hay menos pobres, en términos relativos, que en nuestros países y si los países con alta producción en ciencia, en tecnología, en patentes, etc. han sacado, en las últimas décadas, más o menos gente de la pobreza que los países que no pueden exhibir esos mismos indicadores.

## CARTA 18 Sobre casos más exitosos

En América Latina unos países han hecho cosas mejores que otros, en determinados ámbitos han sido más exitosos y, en términos generales, algunos se ven mejor que otros. En producción científica y tecnológica Brasil puede mostrar logros mayores que todos los demás en los últimos años; en democracia, estabilidad y medio ambiente Costa Rica es uno de los modelos; en distribución de la riqueza (o de la pobreza) Uruguay sigue siendo uno de los más equitativos; en niveles bajos de corrupción Cuba ha sido ejemplar. Otros han seguido mostrando indicadores malos y peores: violencia, población que decide irse, inestabilidad, corrupción y sobre todo bajos niveles de desarrollo humano.

¿Por qué Argentina, que dio 3 Nóbel en ciencias, ha dejado de darlos? ¿Irresponsabilidad de la comunidad intelectual? ¿Decadencia de la universidad? ¿Inestabilidad política? ¿Represión? ¿Se diluyó la densidad cultural? ¿Malos salarios? ¿Insuficientes condiciones de trabajo? ¿Malas instalaciones? ¿Argentina se perdió el respeto a sí misma? ¿Todas las anteriores? ¿Por qué casi ningún otro país de América Latina ha producido Nóbels en ciencias? La respuesta más torpe de todas sería: porque los poderosos de la tierra se han concertado para impedirlo. ¿Cómo es posible que la pequeñísima isla de Santa Lucía en el Caribe haya producido 2 Nóbels: economía Arthur Lewis y literatura Derek Walcott? ¿Es una simple casualidad?

A comienzos del siglo XXI, Chile se encuentra en una posición mejor (o deberé decir menos mala) que muchos de nuestros países (Ver a este respecto: PNUD *Desarrollo humano en Chile, 2004, 269ss*, Santiago, [www.desarrollohumano.cl](http://www.desarrollohumano.cl)). Se disminuyeron drásticamente los niveles de pobreza y miseria, lo mismo ocurrió con los niveles de desnutrición y mortalidad infantil, aumentó sistemáticamente la expectativa de vida, los indicadores de corrupción han sido menores que en otros lugares, ha mejorado cualitativamente el respeto a los derechos humanos y el ejercicio de la democracia y de país expulsor de población se transformó en receptor, no sólo de la propia que residía fuera sino de varios otros países de la región. Aumento en la expectativa de vida y migración favorable son dos indicadores muy relevantes. El primero indica no sólo calidad de la salud, sino eficiencia en los servicios, educación, respeto por los niños y los ancianos, responsabilidad social, sistema de pensiones, etc.; el segundo muestra que la ciudadanía está razonablemente contenta en relación a sus expectativas y por ello permanece en

el territorio y que el país transmite una imagen internacional positiva cosa que motiva a extranjeros disconformes en sus respectivos países, o a chilenos que habían decidido antes emigrar, ir a Chile. Chile durante décadas expulsó población, por razones económicas o políticas. A fines del XX y comienzos del XXI esta tendencia se revirtió y de expulsor se transformó en receptor de población. Haití, Cuba, Guatemala o Argentina han exhibido lo contrario, han expulsado mucha población y si la recepción en otros lugares fuera más fácil habrían expulsado mayor cantidad.

En la actualidad pensar “políticamente” es casi sinónimo de hacerlo “nacionalmente”. Por cierto debemos pensar nacionalmente, pero debemos hacerlo también metanacionalmente, mas allá de nuestro estado-nación, hacia ese planeta donde se encuentra una inmensa cantidad de entes que son muchos otros estados-nación y muchos mas que no lo son, sino que grandes empresas, iglesias, organismos internacionales, agrupaciones ideológicas y políticas de variado pelaje, asociaciones y organizaciones por etnias, formas de consumo, religión, geografía, etc., medios de comunicación algunos de los cuales cubren idiomas enteros. Pensar así es pensar de manera planetica y no políticamente. Para desenvolverse en este inmenso ecosistema hay que pensarlo como un planeta y no como una polis.

Un proceso como el que ha tenido Chile es un proceso complejo y hay que evitar explicaciones monocausales. Voy a entregar una interpretación muy personal que me parece que contribuye a explicar un pequeño círculo virtuoso que se ha ido produciendo, aunque todavía deje mucho que desear. Entre otras cosas Chile cambió un proyecto de inserción internacional, el cual pensaba al mundo como una gran e injusta empresa donde los países pobres eran los proletarios de la humanidad, que debían unirse y luchar para exigir mejores condiciones para sus productos y ojalá, en un plazo medio, cambiar el funcionamiento del sistema internacional, haciéndolo equitativo. Esta visión del mundo se cambió por otra en la cual, concibiendo el mundo como un ecosistema duro e injusto, se piensa que debe encontrarse la mayor cantidad de nichos donde prosperar. Esta convicción se fundamenta en que Chile representa alrededor del 0.1 al 0.2 % (dos milésimas partes) del poder mundial y que por tanto la posibilidad de coordinarse con otros pequeños es baja y los resultados que se obtendrían también minúsculos. En América Latina y el Caribe existen unos 15 estados cuya significación en el poder mundial es del orden de un 0.01% (una diezmilésima parte). Es decir si unimos a 15 o 20 de estos lo que logramos es poseer en conjunto del orden de 2, 3 o 5 milésimas partes (léase bien no un 5 por ciento sino un 5

por mil). Y debe tenerse en cuenta el inmenso esfuerzo que significa coordinarse. Por ello cualquier colaboración entre pequeños ha de ser pensada para cosas “positivas” y no para pelear o guerrear contra los grandes, pues los poderes son demasiado desnivelados y aunque podemos hacer daño a alguno de los grandes, será casi imposible triunfar contra ellos. Debemos además tener en cuenta que las capacidades para concertarse de las grandes potencias son notoriamente mayores que la capacidad de los pequeños. Entre otras cosas, por ello son grandes. Es el momento de notar la vergüenza de que bolivianos, chilenos y peruanos no hayamos podido solucionar moralmente, con el derecho internacional y más allá de éste, una situación dolorosa para nosotros y para toda la región. Este es un ejemplo de nuestras ínfimas capacidades de concertación para hacer cosas necesarias, siendo víctimas de la enfermedad del “realismo” pequeño y miope.

Esta idea de insertarse criteriosamente en un mundo mil o diez mil veces más grande que el propio país es muy contraria a aquella de malos gobiernos que vociferan mesianismos que les llevarán a derrotar a todas las potencias de la tierra o aquellos que denuncian persecuciones paranoicas todos los días. Ambos métodos se utilizan para cohesionar a la población y obtener su apoyo debido a que éste no se ha podido ganar por los beneficios reales que han aportado tales gobiernos. Entre las muchas cosas malas, torpes y/o facinerosas, que hizo Pinochet, estuvo aquella de irse proclamando de salvador del mundo, emitiendo juicios donde no se los pedían. Los gobernantes, y sobre todo de los países pequeños, no deben andar de bufones, quijotes ni pisa callos.

Para insertarse exitosamente en ese ecosistema, Chile asumió que debía obtener niveles de calidad y respetabilidad suficientemente altos, pues allí todo se está midiendo permanentemente y normalmente son otros quienes miden y emplean sus varas para medir, pues tienen la sartén por el mango. Se trata de dejarse ver poco, poco y bien. No aparecer en malas compañías: drogas, corrupción, atentados a los derechos humanos, terrorismo. Sí, en cambio, en amistad con la justicia, el derecho, la libertad, el bienestar y contento de la población. Calidad, honestidad, sensatez y respeto de los compromisos, son condiciones para el éxito. Ya sabemos que también se requiere tener buena suerte. Esa no podemos manejarla, pero como la suerte es mujer, puede ser mejor gozada por los decididos que por los pusilánimes.

Pero, a pesar de todo lo dicho, varios países han crecido más que Chile en la cuestión del conocimiento: sin duda Brasil en investigación y en producción de postgrados, y sin duda México y Costa Rica en la producción de bienes de media y alta tecnología.

Por otra parte, debemos sospechar siempre de los indicadores de uso de ciencia y tecnología asociados a las capacidades para generar desarrollo. Se trata de un indicador superficial y engañoso, porque en un mundo de mediocres no se inventan computadores ni se producen patentes de software sino que éstos se utilizan para ver deporte y pornografía, para jugar como para enviarse chistes y fotografías de novias o sobrinos. Todo eso es más o menos lícito o razonable, lo grave no es el uso como divertimento sino la incapacidad para producirlos y para utilizarlos en pro de nuestro progreso y presencia cultural en el mundo siendo, quienes nos expresamos en español, portugués y en lenguas indo-americanas, incapaces de llegar a Internet con aportes culturales propios. La calidad de la educación no puede medirse, en primer lugar, por la cantidad de gente que usa computadores, sino por la cantidad de computadores que se fabrican o por los programas que se inventan en ese lugar. Todos conocemos múltiples fórmulas para hacer la crítica fácil del tecnologicismo, por tanto no vale la pena ir por allí. Por eso es necesario establecer muchas mediciones y poder relacionarlas, de modo de evaluar ampliamente la situación de una sociedad. La cantidad de computadores y usuarios no tiene la misma significación en una sociedad capaz de producirlos que en otra incapaz de hacerlo, como la mayoría de las de Latinoamérica y el Caribe.

## **CARTA 19 Sobre las maneras de aprovechar la “energía punto 0” del conocimiento**

Iván Illich escribió contra la escuela, pues pensaba que ésta jamás podría satisfacer las necesidades de América Latina. En lo que afirmo hay una cierta inspiración illichiana. Existe demasiada información disponible para limitarse a la escuela.

Se llama “energía punto cero” aquella que se encuentra dispersa en el universo como consecuencia del big-bang, energía que todavía no sabemos como captar para aprovecharla. Igualmente, existe en el mundo una “energía punto 0 de conocimiento”: inmensa cantidad de información, la gran mayoría disponible en Internet, como en congresos, encuentros, publicaciones, conferencias, jornadas, y un vasto “etc.”, que la educación formal no está siendo capaz de aprovechar. Se duplican conocimientos, se desaprovechan espacios existentes y cosas ya hechas, se desconocen múltiples instancias, no se dedican recursos a cartografiar, seleccionar y discriminar dentro de ese inmenso mundo aquello que podría ser aprovechado, bajando los costos de todos los programas de formación que gastan en hacer una parte de lo que ya está hecho. Incluso hay personas brillantes que han descubierto por segunda vez lo que ya se sabía y otras menos brillantes que miles y miles de veces han redescubierto América en los mapas.

La consigna aquí es: capitalizar todo lo posible esa energía punto 0 para el desarrollo de nuestras fuerzas productivas intelectuales. Para las regiones pobres, con poco desarrollo del conocimiento y escasas en figuras que estén haciendo investigación de punta es particularmente importante captar, asimilar y navegar con los vientos de dicho conocimiento, que además tenemos el beneficio de recibirlo de modo relativamente gratuito. Pero sería ingenuo creer que podemos asimilarlo, así simplemente, sin poner nada de nuestra parte.

Para captar la “energía punto cero del conocimiento” deben tenerse en cuenta los siguientes factores:

- 1-Determinar los lugares en que se encuentra más concentrada o, dicho de otra manera, discriminar o jerarquizar la calidad del conocimiento en cada espacio.
- 2-Establecer sistemas de equivalencia con los programas normales. Es decir un equipo de profesores que esté permanentemente evaluando las posibilidades de equivalencia, según cantidad de horas, calidad, etc., traduciéndola en creditaje.

3-Manejar la flexibilidad para no amarrarse a un reglamentarismo estrecho y, junto con la flexibilidad, los criterios de calidad para evitar el facilismo, que es aquí la tentación permanente. Es imaginable universidades u otras instituciones que quisieran evitarse los profesores, las bibliotecas y las instalaciones, creando solamente un equipo de convalidación que haría currículos únicamente con energía punto cero. Incluso algunos países europeos se tentarían por instalar sedes de sus universidades en América Latina, tierra de incautos, para vender títulos a partir sólo de convalidaciones de energía punto cero. No debo mencionar cual sería el país pionero en tal práctica. Creo que quienes lean esto se darán cuenta fácilmente.

4-Potenciar el que sean los propios estudiantes quienes sugieran los lugares y las equivalencias. Es decir, otorgar un papel activo a los propios estudiantes en su proceso educativo, de modo que vayan buscando su destino y su perfil intelectual.

5-Asignar un “cupo” máximo para las convalidaciones de esta energía en los currículos.

6-Crear un sistema de guía o acompañamiento que permita a los estudiantes procesar, utilizar, asimilar, esta energía, pues muchas veces existe de manera nada sistemática. En este caso, puede ser interesante algún tipo de seminario donde los estudiantes deban ir presentando y discutiendo con profesores aquello que han captado de esa energía en cada instancia, para facilitarles el proceso de asimilación como de selección de futuras instancias.

Sin embargo, la utilización de un saber envasado, dosificado, simplificado, parcelado, etc., con todo lo práctico y lo fácil de asimilar no carece de peligros. Su utilización debe ser, por tanto, compensada con los antídotos imprescindibles.

Probablemente el mayor peligro es el de inhibir la capacidad inventiva, ya inhibida históricamente entre nosotros. De hecho la intelectualidad periférica aparece o “despierta al mundo”, por así decirlo, asumiendo en importante medida las soluciones, e incluso los problemas y las preguntas, que se han formulado las intelectualidades del centro. Éstas llevan demasiadas ventajas y a las periféricas les suena casi absurdo imaginar la posibilidad de superarlas. En ello hay buena dosis de sensatez. Pero tal sensatez en el corto plazo, termina por hacerse un vicio en el largo: inhibe la inventiva, en la medida que acostumbra a pensar en el marco de un horizonte prefijado. Ello opera en distintos niveles: desde la manera de concebir los grandes desafíos de la humanidad como evitar el calentamiento global, pasando por las medidas para resolver el desempleo hasta las normas del tránsito vehicular. De este modo, las intelectualidades periféricas tienden a conformarse con escoger entre las opciones predispuestas.

Es así, entre otras razones, importante (muy importante) fomentar en las periferias el espíritu de investigación, pues obliga a pensar, a imaginar, a aventurarse, a inventar y a resolver problemas sutiles. Por ello, es igualmente importante apostar a promover investigaciones de punta en algunos ámbitos, para obligarse a la exploración de territorios que no han sido previamente cartografiados por las intelectualidades del centro y para los cuales hay que trazar mapas o inventar soluciones para asuntos que no han sido pensados por otra gente.

## **CARTA 20      Sobre otras tareas de la intelectualidad latinoamericana: la asociación con las causas progresistas**

La libertad de los latinoamericanos y de todos quienes viven en las regiones periféricas se juega en la disyuntiva siguiente: permanecer en la periferia o incorporarse al centro. Se trata de una opción en la cual no hay mucho heroísmo en ninguno de los extremos. Es una libertad que se juega entre un lado que reivindica la esperanza y esconde la cobardía y otro que muestra el oportunismo y se arriesga por el futuro de los hijos. La libertad de los periféricos se juega en las opciones contra el hambre, la marginación del neo-apartheid mundial, la frustración y la falta de oportunidades.

El desarrollo del conocimiento debería garantizar la liberación de la miseria, del hambre, de la enfermedad y de las humillaciones causadas por los fuertes, o al menos apuntaría hacia esos objetivos. Pero no garantiza ni la equidad, ni la igualdad entre mujeres y hombres, ni el respeto al medio ambiente, ni el término de la violencia intrafamiliar, ni mucho menos la felicidad, todas cosas deseables aunque no garantizadas para quienes alcanzan niveles de vida razonablemente buenos. Nuestra intelectualidad no debe olvidar todas las causas progresistas y en ningún caso debe suponer que deba alcanzarse la riqueza antes de luchar por la justicia, aunque la justicia deba ser pensada para nuestra situación de pobreza. Dicho con más fuerza: no podemos esperar la superación de la pobreza para luchar contra la discriminación. Se trata de tareas simultáneas y, a veces, interconectadas. Las tareas progresistas por la democracia y contra la discriminación, por la justicia y contra la opresión, por la vida equilibrada y contra la contaminación, por un sistema de producción social, al servicio de todos y que permita la realización de las personas y contra la explotación, por una sociedad más solidaria, por los derechos humanos y por la afirmación de la vida, son tareas para hoy y para mañana.

Algunas de estas reivindicaciones serán mas fácilmente realizables en la medida que aumenten los niveles de conocimiento (información, ciencia, tecnología y cultura de nuestras sociedades) que repercutirán sobre la mejora en la alimentación, la salud y en general la calidad de vida de nuestra gente. Otras, en cambio, no tienen que ver con esto o apenas remotamente. Conocer es clave, es condición necesaria para muchas cosas pero suficiente para pocas y por lo demás el conocimiento ni se alcanza definitivamente ni se comunica transparentemente.

La intelectualidad debe asociarse a todos los demás agentes sociales que asumen causas progresistas, pero no debemos confundir niveles. Defender causas progresistas no asegura poseer habilidades técnicas, aptitudes económicas ni destrezas políticas, entre otras cosas. Debemos ser flexibles en nuestras alianzas para realizar distintos objetivos. Debemos distinguir los niveles de acción, realizar una especie de separación “entre ciencia y fe”, para decirlo imperfectamente. No confundir las cosas supone asumir que no siempre son los ignorantes quienes más desean el conocimiento ni los esclavos siempre quienes más desean la libertad. Si fuera así no serían esclavos: hubo quienes evitaron caer en la esclavitud y quienes se libraron rápidamente de ésta sea por suerte, astucia o por ambas. Otras personas no pudieron evitar la esclavitud ni emanciparse en toda su existencia.

Para fomentar la innovación tecnológica es necesario asociarse con colegios profesionales, empresarios, técnicos y militares; para la democracia, con sindicatos de trabajadores, movimientos sociales, ONGs; para la transparencia con trabajadores, iglesias, profesionales y así...

\* \* \*

No basta sin embargo con decir o querer asociarse a las causas progresistas. Debe existir capacidad de apoyarlas, cuestión difícil de lograr sin la necesaria densidad que no se obtiene con la cultura del facilismo o de utilería. Calidad versus caridad, ojo. Cuidado con el profesor caritativo: ese que da malas clases pero buenas notas; ese que no gasta su tiempo preparando sus materias y enseñando bien a sus estudiantes, sino que prefiere regalarles calificaciones. Estos farsantes pueden hacer fracasar cualquier buena idea y, peor todavía, quienes ofrecen notas a cambio de favores.

Una de las expresiones graves de la “condición periférica” es aquella que siente una parte de las elites llevándola a apostar a ser-como-el-centro, o al menos a parecerlo. Dado que parecerlo es notoriamente más fácil que serlo, a menudo termina por conformarse con esto, entrampándose en la cultura del facilismo o de utilería. Actuando a la manera de los escenógrafos se construyen fachadas de cartón que parecen bellos edificios, telones que simulan concurridas y modernas avenidas, ropa que debe durar lo que la función e instrumentos que son juguetes que la penumbra, la distancia o el tácito acuerdo de las malas conciencias hace creer

reales. Entre las pocas cosas que no son de utilería está la sangre que no es ketchup y la palidez que no es maquillaje sino simple desnutrición.

La intelectualidad, como parte de la elit, ha abusado de esta misma costumbre. Ha aprendido a publicar libros sin teorías, hacer experimentos que no conducen a descubrimientos, escribir artículos científicos que no generan tecnologías y crear revistas donde los comités editoriales son honoríficos y no sirven para evaluar las contribuciones. Puede sonar a autocrítica fácil y seguramente todos conocemos excepciones, pero una vez más debe recordarse que en nuestro medio existe la convicción profunda que, entre los conocimientos que manejamos y los productos que usamos, casi ninguno se ha descubierto ni inventado en la región, salvo el bolígrafo de Birome.

¿De qué puede servir a la sociedad que nos asociemos a las causas progresistas desde una cultura de utilería? No debe olvidarse que la vida es un teatro, únicamente en un sentido y que ese no es el que importa aquí. ¿Será obvio decir que Latinoamérica y la humanidad necesitan más ingenieros que escenógrafos y necesitan intelectuales y no Cantinflas ni Tartufos? Esto lo afirmo sin dejar de afirmar simultáneamente que no hay existencia digna sin humor.

\* \* \*

Por cierto, la asociación con todas las causas progresistas es una postura fundada en una “ideología”, pero se trata de una postura ideológica que debe ser asumida desde la perspectiva donde la ideología se realiza y se niega: la ideología del avance del conocimiento, es decir, aquella que nadie que acepte argumentar puede negar, aunque pueda ser infinitamente reformulada. Quien argumenta contra la posibilidad del avance del conocimiento se contradice, pues esta asumiendo que puede mejorar esta sentencia. La posibilidad del avance del conocimiento es el mejor argumento contra toda ideología que se pretende definitiva.

La ideología del avance del conocimiento debe permitir un aporte desde el espacio intelectual, en su especificidad, a las causas progresistas: apoyándolas a la vez que cuestionándolas, jerarquizándolas y reelaborándolas y particularmente concientizando que no existe un progresismo absoluto y definitivo, pues el conocimiento (en muchos sentidos) avanza y reformula lo antes aceptado.

La perspectiva “aléfica” se asocia con aquella de las causas progresistas. El avance del pensamiento y del conocimiento pone a los seres humanos objetivos nuevos que antes no se habían formulado: nuevas causas, nuevos desafíos, nuevas aspiraciones. Pero que ello no signifique olvidar que ha sido la propia intelectualidad la que ha aportado sustento teórico a las discriminaciones más odiosas, así como también la que ha aportado a su demolición teórica.

Se ha señalado que la comunicación entre la intelectualidad y los demás agentes sociales es clave en los compromisos por el conocimiento y las causas progresistas. En esta tarea de diálogo son muy importantes las “ferias intelectuales”, tanto para exponer lo que se hace como para generar encuentros con actores laborales, empresariales, políticos y militares entre otros. No hay acuerdos ni hegemonía progresista sin encuentro y diálogo.

## **CARTA 21 Sobre la agenda del hacer las cosas bien: bien hechas y por el bien de todos. Una apuesta para el siglo XXI y para evaluarnos dentro de cincuenta o cien años**

Una lectura superficial de estas cartas podría conducir a algunas personas a la desazón, percibiendo únicamente los aspectos negativos, puede conducir a otras, o a las mismas, a la compasión hacia mi persona, debido a la permanencia en el mundo académico latinoamericano. A quien piense o sienta de este modo debo decirle que lamento no haber sido capaz de transmitir mejor el mensaje. El medio académico latinoamericano tiene además de sus vicios, inteligencia, simpatía, encanto, generosidad, cariño y heroísmo, como lo he dicho y repetido, entre otras capacidades, aptitudes o fortalezas y, sobre todo, soy parte suya como el mar del océano, por lo que nada de lo que he dicho de este medio me es completamente extraño. Soy culpable de muchos de sus vicios y solidario, quiero creerlo, de otras tantas virtudes.

He expuesto (o sacado al sol) nuestra miseria pero, como he señalado, cualquier reforma o mejoramiento lo haremos nosotros mismos, con toda persona que quiera colaborar. Por ello la insistencia en el auto examen, en la autocrítica, en la reflexión colectiva y en el compromiso con nuestra profesión y nuestra gente.

La tarea del mejoramiento (o como se quiera: reforma, regeneración, revolución, superación, ¡Que florezcan cien flores! nosotros no somos políticos ni menos dictadores, sino académicos), de nuestro quehacer intelectual latinoamericano es en primer lugar nuestra propia tarea, aunque todo el mundo tiene derecho a participar, sugerir y exigir, y prioritariamente nuestros estudiantes (destinatari@s privilegiad@s de estas cartas) quienes deben proponerse superar a sus mayores. Sin embargo, no por vernos esmirriados o haciendo meas culpas piensen que es tarea fácil, no olviden ahora ni más tarde que muchos de los corruptos de hoy fueron los estudiantes universitarios de los 1950s, 60s y 70s. ¿Deberé decir que en América Latina, los jóvenes de hoy son los corruptos del mañana? Mas fácil lo creyeron, en su momento, algunos sesentistas actualmente perseguidos por corrupción enorme así como también otros ya corruptos convictos y confesos.

Entiendo que los objetivos de los seres humanos a lo largo de la historia y según las culturas van cambiando, por lo cual es arriesgado proponérselos a muy largo plazo. Es razonable

imaginar que mañana nos reprochen habernos afanado por algo que a ellos no interesa demasiado o, peor, aun, por algo que consideran perjudicial. No obstante esa conciencia, no podemos dejar de utopizar según nuestros criterios. Paradójicamente: no podemos dejar de creer en lo que creemos ni dejar de creer que mañana los seres humanos creerán en otras cosas y nos juzgarán por habernos equivocado. La única solución es actuar de acuerdo a lo que creemos sin dejar de asumir que existen otras formas de pensar y de sentir que las nuestras. Por ello debemos ser imaginativos y elásticos, para abrir posibilidades y para no cerrarlas. La búsqueda de la felicidad y de la plenitud es tan infinita como pantanosa. Únicamente los dogmáticos retrógrados creen haber descubierto las claves de la realidad y su ignorancia prepotente les permite decir que ellos conocen, o peor, son la verdad.

Por ello, la propuesta relativa a que Latinoamérica puede (o debe) estar dentro de unas décadas en el promedio de la humanidad, debe interpretarse de acuerdo a los criterios que en ese momento la humanidad se haya fijado para medir su bienestar, su libertad o su felicidad. De ahí la insistencia en los valores “básicos” y “abiertos”, aquellos que son necesarios (no suficientes) para los indicadores de hoy y presumiblemente también para los de mañana.

\* \* \*

No se trata de ser modernos, en primer lugar ni de tener una identidad muy profunda sino de vivir mejor en un mundo compartido.

Pensar el futuro como “modernidad” es una manera de hacerlo. No cualquier futuro, ni cualquier calidad han de pensarse como modernidad. Lo moderno es una etapa de la historia para algunos pueblos, no es el fin de la historia. Una vida medioambientalmente mas limpia no es sinónimo de modernidad, una existencia sin desnutrición o con más amor tampoco es sinónimo de modernidad. La justicia, la libertad, la paz consigo mismo, tienen el derecho de juzgar a la modernidad. Son valores más básicos que la modernidad.

No nos pongamos condiciones innecesarias, no nos amarremos a principios que no nos hacen ser mejores ni más felices. No se trata de obligarnos a ser modernos ni obligarnos a realizar nuestra identidad. Esas son maneras de decir algo más radical: se trata de vivir mejor en el mundo, en un mundo compartido. No hay que amarrarse ni entramparse con la identidad; como tampoco hay que confundir el norte, creyendo que la felicidad y la modernidad son sinónimas.

Los valores básicos son anteriores y seguramente, si sobrevivimos a la modernidad, sobrevivirán con nosotros para construir y cuestionar formas posteriores: equilibrio, armonía, vida en paz consigo mismo, con los demás y con la naturaleza, realización personal, expresión, justicia, libertad, participación, democracia, igualdad, equidad, amor, cariño, comunicación, bienestar, calidad de vida, deseo de respeto y reconocimiento, salud, conocimiento, información y cultura, por poner algunos en relieve. Por cierto, muchos de estos se traslapan y a veces se oponen o generan múltiples tensiones.

La modernidad no es el fin de la historia, no queremos que sea, pues todavía a Latinoamérica no le llega su hora. No aceptamos el papel de fetos, de fetos nonatos de la historia. Aunque quizás lo seremos. No hay nada escrito que diga que cada pueblo tendrá su hora en el banquete final. Llegamos tarde a este banquete y apenas hemos obtenido las sobras. No es obvio que haya otro y otro hasta que nos corresponda entrar los primeros. La historia no es justa. En este juicio universal todavía estamos del lado de los condenados de la tierra.

\* \* \*

Algunas personas que han leído los borradores de estas cartas me han interrogado sobre los agentes que podrían llevar a cabo estas acciones, pues no era creíble que una intelectualidad a la que se atribuían tantos defectos pudiera reformarse o regenerarse.

¿De donde sacaremos fuerzas los latinoamericanos? Solamente podrán ser fuerzas de flaqueza, pues debemos cuidarnos de cualquier tipo de agentes que afirmen poseer fuerzas morales incontaminadas, que podrían reformar a la región. Toda reforma debe ser emprendida por los mismos actores que han hundido a América Latina. Tarea paradójica, pero la única posible. No hay sectores limpios o incontaminados, ni siquiera la juventud. Pero para esto es muy importante aprender de quienes lo han hecho bien y no empecinarse en que quienes lo han hecho sistemáticamente mal, finalmente van a triunfar.

He querido dirigirme a mis colegas sobre el estancamiento o la decadencia de América Latina y sobre los vicios de la “cultura académica”, que al menos es una de las causas más importantes respecto a la baja producción de conocimiento en América Latina. He querido igualmente aludir a las numerosas potencialidades también existentes en nuestra cultura académica. En relación a esto he acentuado la necesidad del bienpensar, tratando de explicar que entiendo por éste. El estancamiento nos pone frente a la necesidad de formular la exigencia respecto a la equidad del poder mundial, que no puede ser enfrentada por nuestra parte si no es a

través del aleph del conocimiento y de la asunción del protagonismo de intelectuales, docentes y universitarios, quienes deben fijarse una agenda para sí mismos y para Latinoamérica como un todo. Puntos importantes de esta agenda son, por ejemplo, colaboración intelectual internacional e importación y exportación de tecnología y cultura. No me he cansado de insistir en la significación de las redes intelectuales y los corredores de las ideas como formas de acción e interacción de la sociedad civil del conocimiento, en vistas a la creación de un espacio intelectual latinoamericano y, más ambiciosamente, hacia la creación de una la “Internacional del Conocimiento”.

No se trata de enumerar todas las cosas pendientes, sería una tarea infinita y algo tonta, las cosas pendientes son demasiadas. De lo que se trata en cambio es de reiterar algo dicho: hacia mediados de siglo deberíamos estar en el promedio de la humanidad (poseer un porcentaje equivalente al de la población que somos en el mundo): en calidad de vida, en poder, en producción de ciencia y tecnología, en presencia cultural, en equidad, en democracia, en probidad, en libertad. En algunos de estos aspectos ya estamos en el promedio o sobre el promedio, en otros claramente no. Por cierto, no voy a proclamar que nosotros podemos y que todo está de nuestra parte y que la decisión es lo único que nos falta. Si así fuera, la decisión que no tenemos sería lo más importante. No quiero hacer el ridículo... Sólo quiero decir una frase más: dejemos de faltarnos el respeto a nosotros mismos, a nuestros hijos y al mundo.

Río Piedras, Puerto Rico